

EL HOMBRE COMO
IMAGEN DE DIOS EN EL
ITINERARIO DE LA MENTE A DIOS
DE *san Buenaventura*

FRAY JORGE BOTERO PINEDA, OFM



UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

50 AÑOS
1970-2020

COLECCIÓN SAPIENTIA

El hombre como imagen de Dios en el
Itinerario de la mente a Dios de san Buenaventura



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

50 AÑOS
1970-2020

El hombre como
imagen de Dios en el
Itinerario de la mente a Dios
de san Buenaventura

Fray Jorge Botero Pineda, OFM

Colección Sapientia
2020

Botero Pineda, Jorge

El hombre como imagen de Dios en el Itinerario de la mente a Dios de san Buenaventura / Fray Jorge Botero Pineda, O.F.M...-Cali : Editorial Bonaventuriana, 2020. (Colección Sapientia)

102 páginas


ISBN: 978-958-5415-68-3

1. Buenaventura, Santo, 1217-1274 - Crítica e interpretación 2. Educación religiosa - Enseñanza 3. Teología franciscana; 4. Formación espiritual; 5. Espiritualidad franciscana 6. Pedagogía franciscana 7. Humanismo franciscano 8. Filosofía franciscana 9. Franciscanismo I. Botero Pineda, Jorge.

271.3 (D 23)

G869

© Universidad de San Buenaventura

 Editorial Bonaventuriana

El hombre como imagen de Dios en el Itinerario de la mente a Dios de san Buenaventura

© Autor: Fray Jorge Botero Pineda, OFM

© Universidad de San Buenaventura

© Editorial Bonaventuriana, 2020

Dirección Editorial Cali

Carrera 122 # 6-65

PBX: 57 (2) 318 22 00 - 488 22 22

e-mail: editorial.bonaventuriana@usb.edu.co

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

Colombia, Suramérica

Corrección de estilo: Carlos Jaime Castilla Peláez

Diseño y diagramación: Diego Alejandro Soto

El autor es responsable del contenido de la presente obra. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de los editores.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-5415-68-3

Tiraje: 150 ejemplares

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000).

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Colección Sapientia

2020

Contenido

Presentación	11
Introducción	15
La facultad cognoscitiva del alma como proyección de la imagen de Dios.....	23
El conocimiento manifestado en el mundo sensible	23
El conocimiento en la imagen eviterna	28
El conocimiento que manifiesta el Ejemplar Eterno	36
Corolario.....	42
Las funciones primarias del alma: manifestación de la imagen de Dios.....	47
El alma aprehende las cosas sensibles.....	48
El alma se deleita en lo sensible.....	55
El alma juzga lo sensible	61
Corolario.....	66
El hombre imagen de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo	71
La Sagrada Escritura como medio de reconocimiento de la presencia trinitaria de Dios en el hombre.....	72
El hombre imagen del Padre.....	74
El hombre imagen del Verbo.....	81
El hombre imagen del amor.....	87
Corolario.....	91
Epílogo	93
Bibliografía	97
Fuentes.....	97
Estudios.....	97

*¡Cuán numerosas tus obras, oh Yahvéh!
Todas las has hecho con sabiduría,
de tus criaturas está llena la Tierra.*

Sal. 104, 24

Presentación

Resulta honroso y grato para la Universidad de San Buenaventura acoger entre sus selectas publicaciones esta obra que lleva por título *El hombre como imagen de Dios en el Itinerario de la mente a Dios de san Buenaventura*.

Si hay algún estudio que concuerde plenamente con la filosofía de nuestra institución y esté estrechamente ligado con su naturaleza de universidad católica y franciscana, es este de fray Jorge Botero Pineda.

Efectivamente, se trata de un estudio serio, llevado a cabo con estricto método científico, bien fundamentado en las fuentes y apoyado en documentos valiosos que han ayudado a su autor a una fiel interpretación del pensamiento de san Buenaventura.

Dos motivaciones han orientado al autor en el desarrollo de este importante trabajo.

1. La figura seductora de san Buenaventura, franciscano, renombrado filósofo y teólogo, autor de uno de los libros más famosos del siglo XIII, el *Itinerarium mentis in Deum*.
2. La atracción personal del autor por la antropología teológica, como especialista en teología por la Universidad Franciscana Antonianum de Roma.

Como nos dice el autor en la introducción a su trabajo: “Buenaventura ve el encuentro de Dios con el hombre como una donación plena de amor”. Esta idea es central en el pensamiento antropológico del Doctor Seráfico y de ahí parte y concluye el análisis que sobre la relación hombre-Dios desarrolla san Buenaventura.

El problema está en que habiendo Dios creado al hombre “hábil para quietud y contemplación” (*Itinerarium*, I, 7), por lo que lo puso “en el paraíso de

las delicias” (íbid), pero apartándose el hombre de la verdadera luz por propia culpa y por el pecado original, todo el género humano inficionó la mente con la ignorancia y la carne con la concupiscencia, y la ciencia con la sabiduría contra la ignorancia” (*Itinerarium I*, 7).

Planteado así el problema, san Buenaventura afirma:

Para subir a Dios es necesario que, evitada la culpa que deforma la naturaleza, ejercite las sobredichas potencias naturales en la gracias que reforma, y esto por la oración; en la justicia que purifica, y esto por la vida Santa; en la ciencia que ilumina, y esto por la meditación; en la sabiduría que perfecciona, y esto por la contemplación. Porque, así como nadie llega a la sabiduría sino por la gracia, justicia y ciencia, así tampoco se llega a la contemplación sino por la meditación perspicaz, vida santa y oración devota (*Itinerarium*, I, 8).

De otra parte, el ser interpretación y análisis de una obra famosa de un autor universalmente reconocido, el tema central de su pensamiento teológico y filosófico, como es el del hombre creado a imagen de Dios (Génesis, 1, 26-27), confiere al trabajo del padre Botero Pineda un carácter estrechamente ligado no sólo con las tesis tradicionales de la escuela franciscana, sino también con el pensamiento contemporáneo, cuyos estudios sobre el hombre están ocupando lugar preponderante. La argumentación de san Buenaventura no es sólo especulativa, sino que también refleja su experiencia espiritual. En esto se manifiesta, al igual que en otras ocasiones, como un indiscutible discípulo de san Francisco de Asís. En realidad, los sentimientos de san Francisco expresados por este en forma poética, los comunica a veces san Buenaventura en lenguaje científico.

En el *Itinerarium mentis in Deum*, el Doctor Seráfico se propone, a través de los tres grados de ciencia, sabiduría y bienaventuranza, determinar la naturaleza y el destino del hombre.

El padre Botero Pineda ha llevado a cabo un cuidadoso recorrido “en el descubrimiento que realiza el hombre de la presencia divina y de ahí deducir los elementos que le hacen reconocerse a sí mismo como imagen del Creador” (Introducción).

Salta a la vista la importancia de esta investigación para la antropología filosófico-teológica.

Al término de su trabajo, el autor presenta algunas consideraciones que sintetizan aspectos del pensamiento de san Buenaventura según el *Itinerarium mentis in Deum*, entre las cuales me permito transcribir las dos siguientes:

En el presente de su propia historia, el hombre experimenta en su propio ser la presencia de la hermosura, suavidad y salubridad, manifestadas en la armonía de su cuerpo y de su mente. En su capacidad de amor, en aquella posibilidad que tiene de ser auténtico hombre pacífico; un hombre que vive

en armonía con Dios, consigo mismo, con la creación. Allí encuentra su razón de ser reflejo e imagen de Dios.

Es así, como el hombre encuentra su razón de ser imagen del Dios Trino: Padre, Verbo y Amor. Vive una experiencia de apertura en la plenitud del amor que se manifiesta en su propia vida. El hombre permite que su memoria, entendimiento y voluntad sean iluminadas por Dios que le facilita todos los medios posibles para adentrarse en este conocimiento religioso y místico de la donación del Dios Trino.

Creo acertado decir que este libro del padre Botero Pineda aporta elementos preciosos para un mejor conocimiento del hombre, “constituido por Dios en rey del universo” (*Itinerarium*)

*Fray Alberto Montealegre G., OFM.
Rector de la Universidad de San Buenaventura
Cartagena*

Introducción

La figura de san Buenaventura, con sus grandes aportaciones filosóficas, teológicas y espirituales, nos ha provocado a conocer más profundamente su doctrina. A ello se une otra motivación, decisiva para elegir el tema estudiado: una atracción personal por la antropología teológica, que desde el primer capítulo del Génesis, se vislumbra como un encuentro de amor entre Dios y el hombre: “Dijo Dios: Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó”.¹

De esta manera, el texto bíblico se nos ofrece como punto de partida para adentrarnos en nuestro argumento: el hombre imagen de Dios en el *Itinerarium mentis in Deum*. Buenaventura ve el encuentro de Dios con el hombre como una donación plena de amor. El hombre, puesto en el “paraíso de las delicias” disfruta de un mundo puesto en sus manos para enaltecerlo con su propio trabajo: “Porque el hombre, según la primera institución de la naturaleza, fue creado hábil para la quietud de la contemplación; y por eso lo puso Dios en el paraíso de las delicias”.²

La entera creación “está totalmente al servicio del hombre, constituido por Dios en rey del universo”.³ Pero el hombre, a causa de la desobediencia, se encuentra sumergido en una total oscuridad. Cegado por las tinieblas, al alejarse de la luz maravillosa que procede del Padre. Caído en esta condición, dominado

1. Cfr. Gen 1,26-27.

2. *Itinerarium mentis in Deum*. I, 7. S. Bonaventurae, *Opera Omnia*. Edita, studio et cura PP. Collegii a San Bonaventura ad plurimos codices mss. Emendata, anecdotis aucta, prolegomenis scholiis nostique illustrata, v. 5, (10 vols., Quaracchi) 1882-1902. En adelante, el texto será citado como Itin., los capítulos en números romanos y los versículos en números arábigos, según la edición de los padres de Quaracchi.

3. G. Barbaglio, “Hombre”, *Nuevo diccionario de teología bíblica*, dirigido por P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda (Madrid 1990) 771.

y, diríamos también, esclavizado por el pecado original, el hombre experimenta su indigencia del Dios Creador.

El hombre, reconociéndose dependiente del Creador, descubre su origen.⁴ Esta será su forma de experimentar el haber sido creado de la nada al ser obra del amor de Dios. Al contacto con el mundo que le rodea, empezará a descubrirse necesitado de la presencia de su Creador. Dios, sin embargo, no lo abandona, lo acompaña incluso cuando la criatura se aparta de su presencia. Le tenderá la mano y lo reconduce al camino que dejó a un lado para experimentar otras posibilidades de vida.

Al caer en la tentación, el pecado del hombre se personifica. Surge, pues, una “inclinación inherente a la naturaleza humana, opuesta a Dios y que induce a los pecados personales de manera infalible al hombre capaz de actos humanos”.⁵ Precisamente, este acto cometido por el hombre, lo ha llevado –por ser opuesto a Dios– a reconocerse como criatura y ha establecido una separación del estado de gracia en Dios que experimentaba antes de su desobediencia. En efecto, “gozaba de la gracia santificante por la cual era alzado interiormente para alcanzar espontáneamente a Dios Trino en armonía con el mundo, en cuanto le era posible a su condición humana creada”.⁶

En su primer estado de naturaleza, el hombre era plenamente feliz puesto que realizaba el fin para el cual Dios lo había creado. Lo que el pecado ha hecho con el hombre es infectarle las potencias cognitiva y afectiva; es decir, la memoria, la inteligencia y la voluntad, como nos dice el Doctor Seráfico, por la ignorancia de la mente y por la concupiscencia de la carne.⁷

Esto le hizo quedar ciego y encorvado, sin poder ver la luz del cielo y en medio de las tinieblas. El hombre se volvió carnal, animal y sensual, puesto que se separó del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. Aun así, alcanzamos a percibir la doble dimensión del hombre; atado, por una parte, al mundo sensible por su humanidad, esto es, por su cuerpo, y por otra parte, unido a lo inteligible o espiritual, por el alma.

El hombre, en el momento que se reconozca criatura alejada de su Creador, podrá experimentar el deseo de volver a la luz que le ilumine el camino para regresar a la casa del Padre. Este es el recorrido que deberá realizar en una forma

4. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo secondo San Bonaventura* (Biblioteca Franciscana 4, Roma, 1991) 72.

5. S. Virgulin. “Pecado”. *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, dirigido por P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda (Madrid 1990) 1428-1449.

6. R. Zas Friz de Col. *La Teología del Símbolo de San Buenaventura* (Tesi Gregoriana, Serie Spiritualità 5, Roma 1997) 218.

7. Cfr. Itin. I, 7.

lenta pero progresiva y que san Buenaventura nos presenta de manera clara y precisa en su *Itinerarium mentis in Deum*.

El tema del hombre como imagen de Dios es esencial en la teología de san Buenaventura y, de manera particular, en su *Itinerarium*, pues en este él describe y propone el itinerario que conduce al hombre hasta su destino último, hasta Dios; y el trayecto e indicador (a la vez) de este camino es la verdad fundamental e iluminadora que el hombre es imagen de Dios. Por esta razón, hemos circunscrito el estudio del tema a su tratamiento en el *Itinerarium* y también porque “Para algunos autores, esta obra bonaventuriana constituye el quicio central, el gozne entorno al cual gira toda la producción teológica del Doctor Seráfico”.⁸

No faltan monografías sobre el hombre como imagen de Dios en el pensamiento de san Buenaventura, al igual que referencias al tema en estudios que tratan otros aspectos de su teología o espiritualidad. Así, en el año 1949 Bernardo Madariaga escribió un artículo titulado *La imagen de Dios en la metafísica del hombre, según san Buenaventura*. En dicho estudio encontramos una visión netamente filosófica del tema.⁹

Bastante después, en el año 1966, Olegario González hace una amplia presentación histórico-teológica del misterio trinitario y de la existencia humana en torno a san Buenaventura. Aunque el núcleo principal de esta obra no es el hombre como imagen de Dios, en la tercera parte del libro encontramos una interpretación trinitaria del mundo, en la que se nos presenta al hombre como imagen y semejanza de la Trinidad.¹⁰

Aimé Solignac escribe posteriormente, un artículo sobre el hombre como imagen de Dios en la espiritualidad bonaventuriana. Afirma que la doctrina de la imagen es el punto central de la antropología bonaventuriana y para esto se basa en la mayor parte de los textos de san Buenaventura, incluido el *Itinerarium*.¹¹

Por su parte, Cornelio B. Del Zotto, que estudia la teología de la imagen según san Buenaventura, presenta ampliamente dicho asunto en dimensión trinitaria, pero centrando su atención en el hombre como imagen de Cristo.¹²

8. San Buenaventura, *Experiencia y teología del misterio. Itinerario del alma a Dios, Incendio de amor, Soliloquio, El árbol de vida, De la vida perfecta*, edición preparada por J. Gómez Chao y J. Sanz Montes (BAC, Clásicos de espiritualidad 15, Madrid 2000) XXXI.

9. B. Madariaga, “La “imagen de Dios” en la metafísica del hombre, según San Buenaventura”, *Verdad y Vida* 7 (Madrid 1949) 145-194; 297-335.

10. O. González, *Misterio trinitario y existencia humana. Estudio histórico teológico en torno a san Buenaventura* (Madrid 1966).

11. A. Solignac, “L’Homme image de Dieu dans la spiritualité de Saint Bonaventure”, *Contributi di spiritualità bonaventuriana. Atti del simposio internazionale, Padova 15-18 settembre 1974. Prima parte, a cura dello Studio Teologico Comune dei Frati nel Veneto* (Padova 1975) 77-101.

12. C. Del Zotto, *La teologia dell’Immagine in San Bonaventura* (Vicenza 1977).

Encontramos, luego, diferentes aportes a la cuestión del hombre como imagen en el pensamiento de san Buenaventura. Uno de ellos es el de Francisco de Asís Chavero Blanco, quien hace una presentación de la imagen de Dios como aproximación a la antropología bonaventuriana, en la cual estudia el tema del hombre como imagen de Dios y analiza la mayoría de los textos bonaventurianos pertinentes.¹³ Otra aportación se debe a Luc Mathieu, quien al investigar la Trinidad creadora según san Buenaventura, dedica el capítulo séptimo de su obra al hombre como imagen creatural y partícipe de la vida trinitaria.¹⁴ Finalmente, Ambrogio Nguyen Van Si trata nuestro asunto basándose en el *Itinerarium* y en otros textos bonaventurianos, en el capítulo segundo de su libro sobre el seguimiento y la imitación de Cristo según san Buenaventura.¹⁵

Es importante aclarar que, entre los estudios revisados para este trabajo, no hemos encontrado ninguno que, para tratar el tema del hombre como imagen de Dios, se haya basado únicamente sobre el *Itinerarium mentis in Deum*.

Nuestro tema ha sido desarrollado por el Doctor Seráfico en otros textos, como por ejemplo: *Commentarius I, II, III, IV librum Sententiarum, De triplici via, Questiones disputatae de misterio Trinitatis, Breuiloquium, Collationis in hexaemeron*. Dado que nuestro interés no radica en presentar una confrontación de textos, sino en resaltar la concepción del *Itinerarium mentis in Deum*, remitimos a esas obras sólo en la medida en que iluminan nuestros análisis. De igual manera consideramos los textos bíblicos que argumentan el avance de nuestro texto. Para el desarrollo de nuestro trabajo, seguimos la traducción española de las obras de san Buenaventura, edición bilingüe de la BAC, dirigida por L. Amorós, B. Aperribay y M. Oromi (Madrid 1945-1949).¹⁶

Quisiéramos abarcar en su totalidad los elementos que nos presenta el *Itinerarium* acerca del hombre como imagen de Dios. Pero debemos reconocer nuestras limitaciones y las de nuestro trabajo. Por tanto, nuestro objetivo fundamental consiste en analizar las ideas clave que allí encontramos, las mismas que utiliza san Buenaventura para comprender al hombre como imagen de su Creador.

Con esta finalidad, seguimos el método inductivo-deductivo, dejándonos llevar de la mano por el Seráfico Doctor en el descubrimiento que hace el hombre de la presencia divina y de ahí deducir los elementos que le hacen reconocerse a sí mismo como imagen del Creador. Este itinerario lo desarrollaremos en

13. F. Chavero, *Imago Dei. Aproximación a la antropología teológica de San Buenaventura* (Publicaciones el Instituto Teológico Franciscano, Serie Mayor 12, Murcia 1993).

14. L. Mathieu, *La Trinità creatrice secondo San Bonaventura* (Biblioteca francescana 3, Milano 1994).

15. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo secondo San Bonaventura* (Roma 1991).

16. San Buenaventura, obras. Edición bilingüe, dirigida por L. Amorós, B. Aperribay, M. Oromi (4 vols., BAC 6.9.19.28.36.49, Madrid 1945-1949).

tres pasos, que contemplan la dimensión total del contenido en la obra de san Buenaventura y que consideramos los más apropiados.

En el primer capítulo, presentamos la capacidad cognoscitiva que posee el alma como una manifestación de la imagen de Dios, analizando la semejanza temporal en aquello exterior al hombre, la imagen eviterna, esto es, el reconocimiento que experimenta el hombre como imagen de su Creador en sí mismo; el Ejemplar Eterno, origen y finalidad, en Dios mismo, de su imagen plasmada en las cosas creadas y presente en el mismo hombre.

En el segundo capítulo, presentamos las funciones primarias del alma como una manifestación de la imagen de Dios en la aprehensión, la delectación y el juicio. Es una triple función efectuada por el alma en su confrontación con las cosas sensibles que le manifiestan la razón de ser imagen de Dios.

En el tercer capítulo hacemos una presentación del hombre como imagen de Dios Trino, esto es, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, experiencia de vida que el hombre empieza a percibir mediante su confrontación con la Sagrada Escritura.

Este descubrimiento que el mismo hombre hace como imagen de Dios, se da, de igual manera, en una triple confrontación: ante todo, con el objeto que más se le facilita, a saber, el mundo sensible, presentado por san Buenaventura como el vestigio de Dios. En el espejo de la naturaleza el hombre observa el poder, la sabiduría y la bondad de Dios.

En segundo lugar, entrando en sí mismo, el hombre descubre en el conocimiento de su propia alma una serie de datos aportados por su memoria, que le ayudan a descubrir su relación con el mundo circundante y, por supuesto, su dependencia de Dios, que le muestra ser imagen del Creador.

En tercer lugar, esta triple confrontación lo lleva a detenerse en el ser superior a sí mismo. El conocimiento que el hombre adquiere de Dios, por ser imagen suya, le permite reconocerse criatura necesitada de su Creador.

Para que todo este trabajo de análisis sea posible, necesitamos seguir la recomendación de san Buenaventura:

Ejercítate, pues, hombre de Dios en el aguijón remordedor de la conciencia, antes de elevar los ojos a los rayos de la sabiduría que relucen en sus espejos, no suceda que de la misma especulación de los rayos vengas a caer en un foso más profundo de tinieblas.¹⁷

El título del presente trabajo, nos ubica dentro del proceso de conocimiento que va adquiriendo el hombre sobre el sentido profundo que tiene ser considera-

17. Itin. Prologus 4.

do imagen de su Creador. Dicho proceso estriba en la capacidad de confrontación del hombre con todo el macrocosmos, partiendo de la semejanza impresa en los vestigios del universo hasta llegar a percibirlo en un éxtasis mental como Dios Uno y Trino, razón de ser, principio y fin de todo lo creado.

Pero este proceso de reconocimiento que atraviesa el hombre como imagen de Dios no se presenta en una forma escalonada, en la cual, primero, se tiene la experiencia de las cosas sensibles; después, el encuentro de la presencia divina en el hombre y, últimamente, el reconocimiento en el ser superior, sino que en la experiencia de su relación con el macrocosmos, el hombre recibe, en una confrontación dialéctica, estas tres dimensiones en su conocimiento.

Nos queda, por fin, suplicar la intercesión de san Buenaventura para que Dios Padre nos dé a conocer a su Hijo Jesucristo y con su santo espíritu nos asista.



San Francisco recibiendo los estigmas

La facultad cognoscitiva del alma como proyección de la imagen de Dios

“El conocimiento es para Buenaventura un itinerario de amor, un encuentro personal, una comunión de vida, un descansar en el Padre, para reponerse en la fuente de la vida”.¹⁸ Es en este aspecto del conocimiento que pretendemos iniciar nuestro trabajo, presentando los elementos que consideramos importantes en lo que tiene que ver el alma como imagen de Dios, a partir de una triple relación del alma con el vestigio temporal, aquella que el hombre descubre como huella plasmada en las cosas sensibles, con la imagen eviterna que es el hombre, y con el Ejemplar Eterno, el Creador.

El conocimiento manifestado en el mundo sensible

En este itinerario hacia Dios, el hombre debe comenzar por el objeto que se le facilita en mayor grado, es decir, por aquel al que puede acceder en una forma más fácil:¹⁹ por el mundo sensible que es vestigio de Dios y fundamentalmente por aquel vestigio que encuentra el hombre en lo que es exterior a sí mismo:

Porque, según el estado de nuestra naturaleza, como todo el conjunto de las criaturas sea escala para subir a Dios, y entre las criaturas unas sean vestigio, otras imagen, unas corporales, otras espirituales, unas temporales, otras eviternas, y, por lo mismo, unas que están fuera de nosotros y otras que se hallan dentro de nosotros, para llegar a considerar el primer Principio, que

18. C. Del Zotto, *La teologia dell'Immagine*, 35. Advertimos que la traducción del texto citado es nuestra, al igual que las demás traducciones del presente estudio.

19. Cfr. J. G. Bougerol, *Introducción a San Buenaventura* (BAC Minor 68, Madrid 1984) 251

es espiritualísimo y eterno y superior a nosotros, es necesario pasar por el vestigio, que es corporal y temporal y exterior a nosotros.²⁰

Para san Buenaventura, el proceso de reconocimiento del hombre como imagen de Dios, de sí mismo como criatura con el Creador, requiere “una caminata de tres jornadas en la soledad”, experiencia que debe realizarse en un solo día paragonando este proceso con el instante mismo de la creación.²¹ Estos tres momentos se corresponden con tres aspectos principales del alma, el primero de los cuales tiende hacia las cosas corporales exteriores. En conformidad con esta triple progresión, nuestra alma tiene tres aspectos principales. “Uno es hacia las cosas corporales exteriores, razón por la que se llama animalidad o sensualidad”.²² Este movimiento de progresión en la experiencia que conduce al Creador, se inicia en este primer grado en el que se parte del espejo de la naturaleza, en el cual contemplamos el poder de Dios, su sabiduría, su bondad al igual que su eterna presencia en las cosas creadas en las cuales vemos la huella de Dios plasmada desde el momento de la creación.²³

En su contacto con las cosas creadas, el hombre va descubriendo la impronta del Creador y esto lo percibe por la perfección que hay en ellas. Dicha perfección permite al hombre descubrir en su relación con las cosas creadas, su ser imagen del Creador. Al considerar las cosas en sí mismas, “ve en ellas el peso, el número y la medida”,²⁴ el primero en cuanto tiene que ver con el sitio al que se inclinan, el segundo (el número) porque descubre en las cosas todo aquello que las distingue y en tercer lugar (la medida), que le hace presente la limitación de las mismas cosas con las que se encuentra confrontado. En esta limitación percibida por el hombre, alcanza a vislumbrar sus capacidades intelectuales y su capacidad de asombro ante el mundo que le rodea.

Ahora bien, esta experiencia en la contemplación de las cosas sensibles exteriores al hombre, le llega a propósito de su habilidad para poder contemplar: “porque el hombre, según la primera institución de la naturaleza, fue creado hábil para la quietud de la contemplación”.²⁵ Esta habilidad para contemplar –decimos con Buenaventura– le viene al hombre por medio de la presencia del Creador en sí mismo, a través de Jesucristo y en su capacidad de asombro (si se me permite la expresión) ante estos “vestigios” de Dios que encuentra en la obra creada. Esta capacidad de asombro en el hombre, nos parece fundamental en el sentido de que observando la belleza, armonía y perfección de las cosas, puede el hombre trascender y descubrir en ellas su origen y su razón de ser en el

20. Itin. I, 2.

21. Cfr. Itin. I, 3.

22. Itin. I, 4.

23. Cfr. J. G. Bougerol, *Introducción*, 251.

24. Itin. I, 11.

25. Itin. I, 7.

universo mundo creado por Dios y para el hombre. Es allí donde va percibiendo su ser de hombre racional, razón fundamental por la que viene a considerarse como imagen de su Creador.

Por otra parte, en la relación al “espejo de las cosas sensibles”, al hombre le es dado contemplar a Dios no sólo por lo que ellas le manifiestan, sino también en ellas, porque en ellas está presente Dios por esencia, potencia y presencia.²⁶

Es en su capacidad de asombro que el hombre va progresando en su itinerario, al dar este primer paso o grado que es el conocimiento que le llega a través de su experiencia de relación con las cosas en su aspecto corporal-temporal. He aquí el espejo en el que él observa no su propia realidad o su propio mundo, sino la realidad del mundo que le rodea; es decir, la semejanza y el vestigio de Dios Creador que se le manifiesta en (y por) las maravillas del mundo en el cual está inmerso. Estas realidades llegan al conocimiento del hombre no por aquello que las forma (substancias), sino por las semejanzas que ellas tienen de Dios.²⁷

Este proceso de conocimiento en el hombre se va proyectando y va adquiriendo su sentido en la medida en que descubre en este medio el valor radical de su captación en los sentidos de los datos recibidos, en un primer momento, de este mundo que lo rodea. Es aquí donde podrá realizar una especulación inicial del objeto que tiene frente a sí mismo, analizando la semejanza que este le manifiesta en cuanto presencia del Creador.

Por otra parte, para nosotros, debe ser claro que “toda especulación implica el objeto cognoscible y la facultad que lo ha de conocer”. Estos dos factores que concurren en la especulación, tienen la capacidad de ser susceptibles de graduación, puesto que de la misma forma como encontramos grados en el objeto de nuestras especulaciones, se nos hacen presentes de igual modo en la facultad cognoscitiva de que goza el alma.²⁸

Dicha especulación no es otra cosa que la manera como el hombre indaga, busca intelectualmente, trata de comprender todo aquel conocimiento que llega a sus sentidos y al tener un conocimiento claro de lo que el mundo sensible le manifiesta, descubrirá la presencia de Dios (como por espejo) en dichas cosas sensibles en las que se halla confrontado. Esta presencia de Dios nos manifiesta su semejanza, que por cierto no es una presencia total de Dios, sino su imagen impresa que el hombre va percibiendo –como dice san Buenaventura–, por espejo o como en un espejo, no muy claramente.²⁹

26. Cfr. Itin. I, 14; II, 1.

27. Cfr. Itin. II, 4.

28. Cfr. “Introducción al Itinerario”, San Buenaventura, Obras completas, 545-546.

29. Cfr. Itin. I, 5. F. Ramondino, *L'itinerarium di San Bonaventura. Conoscenza filosofica ed esperienza religiosa* (Vibo Valentia 2000) pp. 28-33.

Esta metáfora: por espejo o en espejo, presentada por san Buenaventura y desarrollada en el *Itinerarium*, en el que el Doctor Seráfico trata de explicar el sentido de la especulación, es, como sabemos, de origen paulino: “Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido”.³⁰ Vemos cómo san Pablo hace una contraposición entre el presente y el futuro escatológico, perfecta es la plenitud de la realidad escatológica, imperfecta es la realidad presente señalada por el pecado.

Por otra parte, esta imagen del espejo es usada frecuentemente en la literatura clásica antigua para dar a entender por lo menos tres aspectos importantes de la especulación: la claridad, el conocimiento de sí y la visión indirecta. En el fondo del contenido del texto de san Pablo, encontramos que él propone una visión indirecta, esto es, la contraposición del conocimiento actual como provisorio e indirecto, al futuro escatológico, en una interpretación del conocimiento definitivo de Dios. Pero este punto de referencia no quiere dar a entender que el conocimiento del presente sea incierto, es sólo una manifestación clara de que dicho conocimiento no es definitivo o completo. Es una forma de presentar la diferencia entre ser cristiano en el tiempo presente y ser cristiano en la eternidad. Es, en otras palabras, la presentación de la teología paulina en una visión escatológica del “ya, pero todavía no”; ya se hace presente Cristo en el hombre, pero esta presencia no es la definitiva, la escatológica.

En este contexto entendemos la presentación que hace san Buenaventura de los vestigios de Dios en las cosas creadas. Es allí que vemos (como en espejo) la huella o impronta del Creador. La expresión ideal se presenta cuando el espejo está completamente claro y en él se representa toda la luminosidad, pero la criatura en el estado actual, es como un espejo empañado que reproduce sólo en parte el ejemplar.³¹

Este vestigio corporal, temporal y exterior a nosotros, nos presenta la semejanza del Creador no en una forma perfecta sino imperfecta. No como un conocimiento ya determinado, sino como una posibilidad de descubrir, en las cosas creadas, un primer paso para adentrarse en el reconocimiento de sí mismo como imagen, que conducirá al conocimiento pleno del Dios Creador por su semejanza impresa en las cosas creadas. Este espejo le da a entender al hombre su dimensión de criatura, creado a imagen y semejanza de Dios en su presente y que deberá perfeccionar hacia el futuro, como una manera de manifestarle la perfección escatológica o como imagen perfecta del Creador.

30. 1Cor 13, 12.

31. Cfr. C. Del Zotto, *La teologia dell' Immagine*, 52.

De esta manera descubrimos –con san Buenaventura– que cuando el intelecto y la ciencia (como actividades especulativas) llegan hasta su vértice, se debe ceder el puesto a una actividad mucho más grande y diversa, aquella que se opera en la “gracia” como un punto de partida que encuentra el hombre en el ofrecimiento que Dios le hace a emprender el *Itinerarium*, en el que debe establecer una jerarquía de valores en la cual lo esencial será la unción, la alegría interior y el don de Dios, el Espíritu Santo, lugar donde se encuentra la esencia creadora. Así lo manifiesta san Buenaventura en el siguiente texto:

Y así, no pudiendo nada la naturaleza y poco la industria, ha de darse poco a la inquisición y mucho a la unción; poco a la lengua y muchísimo a la alegría interior; poco a la palabra y a los escritos, y todo al don de Dios, que es el Espíritu Santo; poco o nada a la criatura y todo a la esencia creadora, esto es, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.³²

Al trascender el intelecto y la ciencia, el hombre se confronta con su propia corporeidad en virtud de la cual descubre que es parte del universo y ocupa el puesto que le corresponde, esto es, ejerciendo su dominio. Y esta existencia y dominio del hombre ante el mundo tienen su razón de ser en su relación esencial a Dios Creador, que se le presenta como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero dicha relación no tiene el carácter de un simple vestigio, como lo es el mundo sensible, sino que reviste el sentido fundamental de imagen de Dios como su causa eficiente y final, puesto que participa de la espiritualidad y además “el hombre no sólo está en grado de pensar, es decir, de conocer y amar a Dios, sino que también participa de la vida misma de Dios, mediante la gracia y la gloria.”³³

En esta presentación que nos hace el Doctor Seráfico sobre la importancia de la esencia creadora, descubrimos una espiritualidad de la apertura a la trascendencia que en el hombre se presenta de aquellas actividades especulativas (intelecto-ciencia), puesto que cuando el hombre confronta su vida con el mundo sensible y allí descubre la obra de la creación como presencia y donación de Dios mismo, empezará a ejercer su capacidad de apertura ante la presencia del Dios Creador. En la medida en que el hombre se abre a este conocimiento que adquiere de Dios y fundamentalmente al amor que le manifiesta, experimentará su gran diferencia como criatura tan diversa del mundo sensible.

El hombre es, entonces, capacidad de amor en la medida en que conoce el mundo sensible, se conoce a sí mismo y conoce a Dios Creador presente en la donación de amor manifestado en la obra creada. Es capacidad de amor, puesto que percibe en su relación esencial al Dios Creador, que es Trino, y le dona su

32. Itin. VII, 5.

33. R. Zavalloni, “L’Antropologia dell’Itinerarium mentis”, *L’Antropologia dei maestri spirituali*. Simposio organizzato dall’Istituto di Spiritualità dell’Università Gregoriana, a cura de Charles André Bernard sj. (Roma 1989) 181.

espiritualidad. En su apertura a esta presencia de Dios, el hombre transforma su conocimiento en amor. Ama la creación porque en ella percibe la presencia de Dios, se ama a sí mismo al reconocerse como imagen de su Creador y ama a su Creador al participar de la vida misma de Dios por su imagen y semejanza impresas en su mismo ser de hombre como criatura de Dios.

Aquí, en este primer paso del conocimiento, el alma ha descubierto una puerta que se le abre para iniciar este proceso de *Itinerarium*, en su deseo de reconocerse como imagen con el Dios Creador. Ahora le queda un segundo paso, una especie de segunda escala: tratar de poner su conocimiento en el interior de su propio ser de hombre. Lugar donde descubrirá la razón de ser imagen del Creador, no ya por su vestigio impreso en las cosas creadas, sino en el interior de sí mismo.

El conocimiento en la imagen eviterna

Hemos recordado que según san Buenaventura, nuestra alma posee tres aspectos principales.³⁴ El primero de ellos tiende hacia las cosas exteriores, cuestión que hemos tratado en el punto anterior, en el cual el hombre va reconociendo su razón de ser imagen de Dios. El segundo aspecto del alma tiende a las “cosas interiores y hacia sí misma”. Se le llama espíritu y se presenta como la imagen eviterna. Este segundo aspecto es el que nos proponemos presentar en este apartado.

En el primer apartado de nuestro trabajo se nos abrió una puerta de acceso al conocimiento de las cosas sensibles. Ahora, iluminados por las palabras del Doctor Seráfico, se nos abren cinco puertas de acceso en relación con los cinco sentidos corporales del hombre en su relación con el mundo. San Buenaventura lo presenta de la siguiente manera:

Ahora bien, el hombre, que se dice mundo menor, tiene cinco sentidos como cinco puertas, por las cuales entra a nuestra alma el conocimiento de todas las cosas que existen en el mundo sensible. En efecto, por la vista entran los cuerpos sublimes, los luminosos y los demás colorados; por el tacto, los cuerpos sólidos y terrestres; por los sentidos intermedios, los cuerpos intermedios, como los acuosos por el gusto, los aéreos por el oído, y por el olfato los evaporables que tienen algo de la naturaleza húmeda, algo de la aérea y algo de la ígnea o caliente, como es de ver en el humo que de los aromas se desprende.³⁵

34. Cfr. Itin. I, 4.

35. Itin. II, 3.

Es necesario entrar en nuestra alma³⁶ para descubrir en ella no sólo su capacidad de conocimiento, de admiración y de entendimiento de todo el mundo que la rodea, sino también todo aquello que la diferencia de este mundo exterior a sí misma. De este modo, podrá conocerse a sí misma y descubrir su dimensión de imagen eviterna de Dios, lo cual no es otra cosa que entrar en la verdad de Dios.

Según la antropología de san Buenaventura, el alma humana está dotada de dos potencias:³⁷ una cognoscitiva y otra afectiva, aunque se trata de una única realidad. En la potencia cognoscitiva, Buenaventura distingue entre el conocimiento especulativo y el conocimiento práctico. El primero le permite al hombre entender lo verdadero como verdadero y el segundo conocer lo verdadero como bueno.³⁸

Es importante tener presente que la potencia afectiva conduce al hombre de dos modos: por instinto o por voluntad, incluidos en la última la deliberación y el albedrío. Sin llegar a confundir su sentido propio, pues no se trata de dos apetitos sino de uno solo. La diferencia radica en el modo de apetecer y no en el objeto que apetece.³⁹

“El instinto y la voluntad, podríamos decir, son los elementos psicológicos fundamentales del alma humana”.⁴⁰ Es fundamental para nosotros en este punto, la consideración del alma como imagen y semejanza de Dios, ya que allí radica la identidad teológica del hombre y su posibilidad antropológica real como sujeto central en la obra de la creación.

En san Buenaventura encontramos que el alma es beatificable por el hecho de que es *capax Dei* por ser imagen de Dios. Es decir, porque es la “similitud expresa”.⁴¹ Además de esto, en otras palabras, el hombre es imagen de Dios porque en su memoria, inteligencia y voluntad se revelan la unidad de esencia y trinidad de potencias de Dios.⁴² Esto nos da a entender que la inteligencia se origina en la memoria, puesto que aprehende es a partir de las imágenes que la memoria le proporciona.⁴³

De esta manera, cuando la imagen llega hasta la inteligencia, se produce la así llamada intelección: el verbo, para finalizar en una nueva conclusión en la

36. Cfr. Itin. I, 2.

37. Cfr. Brev. II, 9. En nuestro estudio presentamos tres potencias del alma, esto es, memoria, entendimiento y voluntad. Para Buenaventura estas tres potencias o facultades del alma se reducen a dos: conocimiento y amor.

38. Cfr. II Sent. D. 24 p. I a.2 q. 2 concl.

39. Cfr. II Sent. D. 24 p. I a.2 q. 3 concl.

40. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo de San Buenaventura* (Roma 1977) 210.

41. Cfr. II Sent. D. 16 a.1q 1 concl.

42. Cfr. Brev. II, 9.

43. Cfr. Itin. III, 5.

que de la memoria y la inteligencia se expira la voluntad.⁴⁴ Esto es lo que podemos entender cuando san Buenaventura dice que la memoria es una mente generadora, la inteligencia verbo y la voluntad amor, de donde se desprende que las tres son consustanciales, coiguales y contemporáneas entre sí, conformando con ello un espejo por el cual transitar hasta Dios: “Estas tres cosas –mente generadora, verbo y amor– están en correspondencia con la memoria, inteligencia y voluntad, potencias consustanciales, coiguales y coetáneas, compenetrándose en mutua inexistencia”.⁴⁵

Ahora, nos corresponde detenernos por un momento en lo que tiene que ver el hombre como “semejanza” con Dios. Dicha semejanza la podemos entender en dos aspectos: de proporción o de orden. La primera se da cuando hay proporción extrínseca o intrínseca entre las dos partes.⁴⁶

Vemos que en lo que tiene que ver con el hombre encontramos una proporción intrínseca con Dios, ya que el ejemplar es la Trinidad misma y la criatura la constitución trinitaria psicológica del hombre dada por las tres potencias del alma: memoria, inteligencia y voluntad, las cuales reflejan la constitución intratrinitaria del hombre.⁴⁷ En lo referente a este punto, se debe hacer la distinción entre la imagen propia de Cristo y la imagen del hombre, aclarando que Cristo es imagen connatural de Dios, mientras que el hombre es sólo imagen natural.⁴⁸

En cuanto a la semejanza por orden, descubrimos con Buenaventura que la obra de Dios sería imperfecta si en ella no hubiese alguien que la gozase conscientemente y a la vez ordenase todo al Creador. De esta manera, el hombre con su capacidad consciente no sólo ordena todas las cosas a Dios, sino que se ordena a sí mismo a Él. Aquí se encuentra la dignidad del hombre colocado en el centro de la creación, como razón fundamental de ella, “pues cuando alguien o algo se ordena más inmediatamente a otro, se dice que le conviene más respecto del orden y cuanto mayor es la conveniencia de orden tanto mayor es también la similitud”.⁴⁹

Por lo tanto, la criatura racional se encuentra, por naturaleza, inmediatamente ordenada a Dios. A este proceso se le da el nombre de conveniencia de orden, puesto que cuando el hombre se ordena a Dios, es capaz de Dios y por esta razón ha sido creado para configurarse a Él. Es, desde otro punto de vista, descubrir que esta capacidad de Dios que se encuentra en el hombre, lleva consigo la configuración al Creador, configuración que se da a modo de imagen.

44. Cfr. Itin. III, 4.

45. Itin. III, 5.

46. Cfr. II Sent. D. 16a. 1 q. 1 concl.

47. Cfr. II Sent. D. 16a. 1 q. 1 concl.

48. Cfr. II Sent. D. 16a. 1 q. 2 concl.

49. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 213.

“Es, en efecto, el reflejo de la luz del rostro divino; es decir, del ser divino, lo que la criatura racional lleva en sí desde su origen, o a partir de su origen”.⁵⁰

De esta forma, el hombre, que se halla en el centro de la creación donde experimenta su contacto con la obra creada y su relación inmediata al Creador por medio de la semejanza que percibe en las cosas sensibles, puede establecer de igual manera su imagen, puesto que

(...) la conveniencia de orden implica por consiguiente una semejanza expresiva, que constituye la imagen en cuanto tal: y por ello, cuanto a la semejanza, que se refiere a la conveniencia del orden, se dice perfectamente imagen de Dios, porque en esto se le asemeja expresamente.⁵¹

Por otra parte y para no dejar incompleta nuestra visión antropológica, debemos revisar también la concepción del cuerpo humano. Sabemos que el cuerpo fue formado del lodo, pero sujeto al alma y la obedece sin rebeldía.⁵² Por supuesto que cuando decimos lodo hacemos referencia a una constitución de “naturaleza elemental”. Esto no es otra cosa que decir que está compuesto de los cuatro elementos (tierra, fuego, aire y agua) y en nuestro caso y siguiendo al Doctor Seráfico, decimos que concurre un quinto elemento celeste: la luz.⁵³ Era conveniente que fuese de esta forma, puesto que, según san Buenaventura, de este modo el hombre es apto para conocer intelectiva y sensitivamente los diferentes objetos mediante sus diversos órganos.

De esta manera, entendemos que todas aquellas criaturas inferiores al hombre, el cual las percibe y admira en lo exterior a sí mismo, fueron hechas para servirlo, de igual modo el hombre empieza a entender que él las debe orientar al bien común. Por consiguiente, es conveniente que el cuerpo participe de la naturaleza elemental de las mismas cosas encomendadas a su cuidado.

Ahora bien, en este conocimiento que el hombre va adquiriendo de sí mismo, en su interior, en aquello que san Buenaventura llama “espíritu eviterno”, encuentra de igual manera su relación con los seres superiores, como los ángeles. Aquí descubre su conveniencia en tener un cuerpo, puesto que al haber una criatura en lo más alto (los ángeles en el empíreo), de igual forma debía haber una en lo más bajo (los hombres en la tierra), dado que el cuerpo de naturaleza elemental es lo que mejor se acomoda en el ambiente terrestre.

Retengamos en substancia que el hombre, para Buenaventura, es la imagen de Dios en el corazón del universo visible, en el corazón de nuestro universo;

50. A. Solignac, “L’homme image de Dieu dans la spiritualité de Saint Bonaventure”. *Contributi di spiritualità Bonaventuriana*, a cura dello studio teologico comune dei frati nel Veneto, (Padova 1975)80.

51. A. Solignac, *L’homme image*, 82.

52. Cfr. Brev. II, 10.

53. Cfr. II Sent. D. 17 a.2 q. 2 concl.

su cualidad de imagen, relacionándolo con Dios, le da una función propia en referencia al universo. El ángel, por su parte, está relacionado más bien con Dios sólo, no siendo su papel en el universo sensible más que accidental.⁵⁴

Este proceso de especulación lo descubrimos por la imagen impresa de Dios en las potencias naturales, a las cuales el hombre ha sido conducido como de la mano hasta entrar en sí mismo. Al entrar en su mente descubre que ahí reluce la imagen divina y a este mismo punto percibe la imagen de la Trinidad, donde descubre el amor, el conocimiento y la memoria en el interior de sí mismo. Dicho proceso de la mente interior del hombre nos lo presenta el Seráfico Doctor en el siguiente texto del *Itinerarium*:

Y porque los dos grados predichos, guiándonos a Dios por los vestigios suyos, por los cuales reluce Él en todas las criaturas, nos llevaron de la mano hasta entrar de nuevo en nosotros, es decir, a nuestra mente, donde reluce la divina imagen; de ahí es que, llegados ya a al tercer grado, entrando en nosotros mismos, como si dejáramos el atrio del tabernáculo, en el santo, esto es, en su parte interior es donde debemos procurar ver a Dios por espejo: allí donde, a manera de candelabro, reluce la luz de la verdad en la faz de nuestra mente, en la cual resplandece, por cierto, la imagen de la beatísima Trinidad. Entra pues, en ti mismo y observa que tu alma se ama ardentísimamente a sí misma; que no se amara, si no se conociese; que no se conociera, si de sí misma no se recordase, pues nada entendemos por la inteligencia que no esté presente en nuestra memoria, y con esto adviertes ya, no con el ojo de la carne, sino con el ojo de la razón, que tú alma tiene tres potencias.⁵⁵

“Entra, pues, en ti mismo”, nos dice san Buenaventura y observa cómo tu alma se ama a sí misma “ardentísimamente”. Descubre que se ama porque se conoce y este conocimiento le llega gracias a la capacidad de su memoria, puesto que no podríamos tener un conocimiento inteligible de las cosas y de sí mismo si no estuvieran ya presentes en la memoria. Se podrá descubrir, entonces, a este punto, que el alma tiene en sí tres potencias que le permiten descubrir todo lo que hay de Dios en las cosas y en sí mismo.

En este camino hacia Dios, hemos comenzado por el objeto más fácilmente accesible, esto es, el mundo sensible, que como ya hemos dicho, es el vestigio de Dios. Dicho movimiento de especulación parte del espejo de la naturaleza donde el hombre ha contemplado el poder de Dios, lo mismo que su sabiduría y su bondad. Este movimiento se hace en tres modos, a saber: considerando las cosas en sí mismas mediante una reflexión racional, viéndolas con los ojos de la fe y descubriendo, por la especulación, a Dios que se hace presente en el seno de las cosas.⁵⁶

54. A. Solignac, *L'homme image*, 81.

55. Itin. III, 1

56. J. G. Bougerol, *Introducción*, 252.

Por otra parte es importante resaltar, en este aspecto, que cuando el hombre fue puesto en el paraíso

(...) le fue dado un sentido doble a saber: el interior y el exterior, el de la mente y el de la carne. Le fue dado un doble movimiento: el imperativo en la voluntad y el ejecutivo en el cuerpo. Le fue dado un bien doble: uno visible y otro invisible.⁵⁷

Al recibir esta dotación natural, el hombre se encontraba apto para alcanzar el fin para el que fue creado, determinado por dos preceptos fundamentales, de los cuales el primero es de orden natural, esto es, crecer y multiplicarse y el segundo, precepto de orden moral, es decir, no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Pero como el hombre podía pecar puesto que su naturaleza era formada de la nada y no estaba confirmada por la gloria, a él se le concedió una especie de ayuda cuádruple, esto es, la ciencia, la conciencia, la sindéresis y la gracia. “La razón de la prohibición de comer del árbol fue para que la obediencia del hombre fuese meritoria y porque así se mostraba el dominio del Creador sobre toda la creación”.⁵⁸

La disposición divina realizada por el Creador en el hombre, encuentra su razón de ser en el hecho de que Dios ha creado el mundo sensible para, de esta forma, darse a conocer al hombre a través de dicha mediación. En dicha mediación encontramos el vestigio de Dios impreso en las cosas sensibles.

Por lo tanto, al sentido exterior le corresponderá el movimiento de la mente y obedecer los mandatos de la razón. Esto es lo que conocemos como el apetito al bien invisible y eterno, prometido gratuitamente. Por su parte, al sentido exterior le corresponde el movimiento de la carne y obedece a la sensualidad: este es el apetito dirigido al bien visible y temporal.

En este aspecto del doble sentido (interior y exterior), el Doctor Seráfico se basa en la Sagrada Escritura, en la cual encontramos: “Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día”.⁵⁹ De esta manera, entendemos cómo el hombre se halla confrontado ante dos realidades, la divina y la sensible. Puesto que de la misma manera como los ángeles conocen el mundo divino y los animales se encuentran vinculados totalmente al mundo sensible, era conveniente para la perfección de la obra creada que el hombre tuviese conocimiento de ambos, dotado por eso del sentido exterior e interior.

57. Cfr. Brev II, 11.

58. Cfr. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 214.

59. Cor 4,16.

Prosiguiendo este camino de especulación, el Seráfico Doctor resalta cómo podemos considerar a Dios elevándonos a él por medio de las criaturas sensibles y contemplándolo en ellas mismas. El estudio de ese microcosmos que es el hombre le hace subir la escala de los seres creados, que es un recorrido que se inicia en lo sensible en relación con el alma espiritual, llegando hasta el mundo del espíritu, el cual se encuentra libre de toda limitación sensible.

En la concepción bonaventuriana,

(...) la memoria es la captación incesante de Dios, la base de toda otra aprehensión de Él, que de algún modo por la memoria está exigida y en ella entrañada. Con una analogía derivada del orden trinitario, dirá San Buenaventura que todo ulterior conocimiento y amor de Dios en la memoria tiene su origen.⁶⁰

Este concepto de memoria en san Buenaventura, nos sugiere una –así llamada– presencia de Dios en el interior del hombre. Allí, el hombre descubre su capacidad de conocimiento, su relación y diferenciación con el mundo que lo rodea y con Dios mismo, percibiendo un elemento mucho más claro de lo que el mismo hombre representa como imagen de Dios.

Desde este punto de vista, descubrimos que cuando san Buenaventura habla de memoria, no hace referencia a aquella memoria sensitiva, es decir, aquella que tiene la capacidad de retener las impresiones del mundo sensible, ni tampoco de una memoria intelectual, donde se encuentran las ideas adquiridas por la inteligencia. El Seráfico Doctor hace referencia a una memoria trascendental, esto es, una memoria donde encontramos conocimiento innato como capacidad de Dios o por lo menos, punto de conexión con Él. Es aquí donde nos corresponde descubrir cuál es la operación fundamental de la memoria. En el *Itinerarium* la encontramos desarrollada de la siguiente forma:

Y en verdad, la operación de la memoria es retener y representar no sólo las cosas presentes, corporales y temporales, sino también las sucesivas, simples y sempiternas. Pues retiene la memoria las cosas pasadas por la recordación, las presentes por la suscepción, las futuras por la previsión. Retiene también las cosas simples, cuales son los principios de la cantidad, ya discreta, ya continua, como el punto, el instante y la unidad, sin los cuales no es posible recordar o pensar cuánto de ellos tienen principio.⁶¹

En esta operación de la memoria en la que se retiene y se representa todo aquello que rodea al hombre, esto es, el mundo exterior a sí mismo, su propio ser de hombre y la presencia de Dios, porque “(...) la memoria constituye al alma en imagen de Dios, en cuanto es radical capacidad de presenciarle, actual-

60. F. Chavero Blanco, *Imago Dei. Aproximación a la antropología teológica de san Buenaventura* (publicaciones del Instituto Teológico Franciscano, Serie Mayor 12, Murcia 1993) 92.

61. Cfr. Itin. III, 2.

mente captarle y abrirla para dimensiones nuevas de su ser, en la participación en la vida misma de Dios”.⁶² Y aquí se hallan las cosas, en dicha memoria, no solamente las presentes porque se suceden, sino también las pasadas por la recordación, lo mismo que las futuras por la previsión. Por lo tanto, la función de la memoria es fundamental en la elaboración del conocimiento que el hombre va adquiriendo de este macrocosmos ante el cual se halla confrontado, puesto que la memoria viene a ser el mejor medio por el cual el hombre descubre la impronta de Dios en cuanto imagen impresa en los vestigios que hay de Él en el mundo sensible y en sí mismo.

De tal manera que si el hombre quiere ser imagen de su Creador, deberá confrontarse a sí mismo, si encuentra dentro de su ser y en la proyección de su vida ante el mundo que le rodea experiencias de división, de falsedad y de maldad, será el momento oportuno para, con la luz que recibe del Padre y que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: la luz verdadera,⁶³ transformar su propia imagen, es decir, dar razón en su propia vida de aquel Ejemplar Eterno del cual él mismo es portador.

El hombre no debe, por tanto, decir que es la imagen de Dios si sus actos son manifestación de aquello que su Creador no es, a no ser que sus propias limitaciones, como una nube que oscurece el día, le impidan ver la luz que proviene del Creador. Por tanto, es también importante la actividad de la voluntad, que tiene su expresión en el consejo, el juicio y el deseo.⁶⁴ En esto puede consistir la dimensión espiritual del hombre que se deja conducir por la iluminación que recibe de Dios, mediante un discernimiento personal, en el cual puede determinar lo que es mejor y lo que es óptimo en su proceso de acercamiento al Ejemplar Eterno en su deseo de asemejarse de mejor manera con aquel del cual porta la imagen.

Memoria, entendimiento y voluntad, las tres potencias que el hombre ha descubierto en sí mismo y que le han permitido orientar su conocimiento de las cosas (como por espejo) a Dios, por la impronta del Creador en ellas. Estas tres potencias lo han encaminado también, para entrar en sí mismo, descubrir su ser de hombre natural al igual que como imagen y semejanza de su Creador. Ahora deberá hacer uso de estas potencias para orientar su alma cognoscitiva hacia el Ser superior a él mismo, es decir hacia su primer principio, a aquel que le ha creado, que le ha puesto en el centro de la creación, que le ha otorgado la misión de ordenador del mundo sensible y que ahora le invita a contemplar toda su potencialidad.

62. F. Chavero Blanco, *Imago Dei*, 92-93.

63. Cfr. Jn 1, 9.

64. Cfr. Itin. III, 4.

El conocimiento que manifiesta el Ejemplar Eterno

De los tres aspectos principales que tiene nuestra alma,⁶⁵ el tercero de ellos está dirigido hacia las cosas superiores a sí misma y por esta razón san Buenaventura lo llama mente y hace referencia al Ejemplar Eterno, así como al primero (exterior al hombre) lo ha llamado “animalidad o sensualidad”, haciendo referencia al mundo sensible y al segundo (interior y a sí misma) le ha dado el nombre de “espíritu”, donde encontramos la imagen eviterna.

En este tercer aspecto, en el que el alma dirige su atención hacia las cosas superiores a sí misma, es decir, hacia el Ejemplar Eterno, descubrirá mediante el proceso del conocimiento de Dios aquellos elementos fundamentales que le presenta la imagen perfecta, permitiéndole así experimentar su propia imperfección. Existe, por tanto, una disponibilidad de la criatura para recibir la presencia del Creador en su imagen y a expresarla, esto es, a ser imagen en sí mismo de su Creador, en la originalidad de su existencia según la vivacidad impresa en su ser del original divino.⁶⁶

Por otra parte, es importante para nosotros tener presente que san Buenaventura hace una distinción en lo que tiene que ver con la doble expresión de la imagen, en la cual, encontramos una doble posibilidad de comunión, en la imagen y a través de la imagen, es decir, en la criatura se presenta una manifestación transparente de la realidad espiritual que, a su vez, se transforma en una escala ascendente hacia Dios en un itinerario de luz.⁶⁷

En esta doble expresividad del alma eviterna en su relación con el Ejemplar Eterno, se manifiesta una comunicabilidad entre el Creador y la criatura, en la que el proceso del conocimiento del hombre va adquiriendo una infinidad de elementos que le presentan al Dios Uno y Trino a través de las cosas sensibles que ya ha experimentado en un primer momento y que en ellas ha sido conducido, como de la mano, a contemplar al Creador. Al realizar esta experiencia de confrontación de sí mismo con Dios, el hombre deberá dar un salto en el que pueda levantarse sobre su propia condición de criatura, puesto que para llegar a obtener un conocimiento primario de su Creador tendrá que ser orientado e iluminado por el auxilio divino, sin el cual le será imposible acceder a un conocimiento de su Creador y, por supuesto, sin este auxilio le será muy difícil descubrirse como imagen del Dios Creador, el Seráfico Doctor nos presenta esta situación del hombre en el siguiente texto:

Pero levantarnos sobre nosotros no lo podemos sino por una fuerza superior que nos eleve. Porque por mucho que se dispongan los grados interiores,

65. Cfr. Itin. I, 4.

66. Cfr. C. Del Zotto, *La teologia dell' Immagine*, 50.

67. Cfr. Itin. II, 2.

nada se hace si no acompaña el auxilio divino. Y en verdad, el auxilio divino acompaña a los que de corazón lo piden humilde y devotamente; y esto es suspirar a él en este valle de lágrimas, cosa que se consigue con la oración ferviente.⁶⁸

Será, entonces, mediante la oración ferviente y la disposición del corazón y de la mente, como el hombre empezará a tener un conocimiento de aquella imagen eterna que se le manifiesta en cada acontecimiento de este proceso de comunicación entre el Creador y la criatura, donde el elemento de posibilidad del conocimiento de Dios tiene su centro primordial en la mente del hombre.

En el texto que Buenaventura dedica en el *Comentario a las Sentencias a la cognoscibilitate Dei*,⁶⁹ Dios es cognoscible por demostración estricta, esto es, fija las condiciones de posibilidad que el hombre tiene para conocer el misterio de la existencia de Dios. Por lo cual se ubica al hombre en un contexto inmediato donde el punto focal es la fe que reconoce por una parte, la unidad de esencia y por otra, la pluralidad de personas en Dios, al momento en el cual este dato es admitido surge como consecuencia la pregunta por la “cognoscibilidad del misterio”.⁷⁰ En este sentido, Buenaventura habla de la cognoscibilidad de Dios mediante (*per*) las criaturas, donde en un primer momento la criatura es sujeto cognoscente y en un segundo momento dicha criatura se convierte en una mediación en el conocimiento de Dios.

Por otra parte, san Buenaventura presenta una variante del argumento ontológico que se basa en la metáfora de la luz, de la siguiente forma:

Y los deseos se inflaman en nosotros de dos modos: por el clamor de la oración, que exhala en alaridos los gemidos del corazón, y por el resplandor de la especulación, por la que el alma directísimamente se convierte a los rayos de la luz.⁷¹

En estos rayos luminosos se nos presenta a Dios como *summa lux* y, precisamente, por ser suma luz, se nos manifiesta como sumamente cognoscible. Por consiguiente, según Buenaventura la raíz de todo conocimiento espiritual se halla en la *Ratio lucis* y en la *Ratio lucis increatae*. La premisa menor del silogismo es la que identifica a Dios con la luz que es sumamente cognoscible.⁷²

Ahora bien, estos presupuestos del conocimiento de Dios que el hombre va descubriendo dentro de sí mismo, le llegan mediante la manifestación de sus deseos y estos últimos se “inflaman” de dos maneras fundamentales para el proceso del conocimiento. En primer lugar, mediante el clamor de la oración

68. Itin. I, 1.

69. I Sent. d 3.

70. Cfr. F. Chavero Blanco, *Imago Dei*, 181.

71. Itin. Prologo. 3

72. Cfr. I Sent. d 3, p 1.

(en la que el hombre recibe la iluminación de Dios) y en segundo lugar, “por el resplandor de la especulación”, cuando el alma se convierte a los rayos de la luz.

Hay en este proceso una disposición por parte del hombre, que después de haberse descubierto en las tinieblas, procura ardentísimamente ser iluminado por estos rayos que le muestran al Ejemplar Eterno, ante el cual se halla confrontado y en el que descubre su similitud como imagen eviterna y su diferencia como criatura en dependencia total. En la recepción que hace el alma de las luces intelectuales, se deja habitar por la sabiduría y de esta forma queda constituida en casa de Dios, que es Uno y Trino:

Repleta nuestra alma de todas estas luces intelectuales, es habitada por la divina Sabiduría como casa de Dios, quedándose constituida en hija, esposa y amiga de Dios; en miembro, hermana y coheredera de Cristo, que es su cabeza; en templo, sobre todo, del Espíritu Santo, el cual está fundado por la fe, levantado por la esperanza y consagrado a Dios por la santidad del alma y del cuerpo.⁷³

En esta compenetración de la imagen eviterna con el Ejemplar Eterno, en la cual la primera es habitada por la segunda, el hombre adquiere un conocimiento de la dimensión trinitaria de su Creador que es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo. Este conocimiento de Dios tiene sus fundamentos en la fe, la esperanza y la santidad de alma y cuerpo, que el hombre recibe en la presencia del Creador en todo su ser. Nos vemos, entonces, en la necesidad de revisar cómo es este conocimiento que el hombre adquiere de Dios.

El problema del conocimiento de Dios, en su doble dimensión de conocimiento racional y conocimiento de la fe, desde el punto de vista de los postulados que nos presenta la antropología teológica puede ser analizado y desde ella resuelto, ya que los dos órdenes del conocer tienen su fundamento en la íntima constitución del ser humano. Debemos tener en cuenta que la razón humana –como facultad cognoscitiva– no se encuentra limitada en el pensamiento de san Buenaventura. Por el contrario, en las etapas posteriores del conocer encuentra posibilidades nuevas. “Aquel conocimiento que el hombre posee de Dios (por ser imagen suya) tiene en él una connaturalidad ontológica, que sólo mediante la fe llega a ser connaturalidad psicológica”.⁷⁴

De esta forma, cuando se afirma la presencia noética de Dios en el espíritu humano, la fe se convierte en la conciencia plena del misterio de la existencia humana, que si no exige la anterior, sí, al menos, la presupone. Dentro de la “gnoseología bonaventuriana, la continuidad entre fe y razón es una verdadera columna vertebral del sistema”. Pero para Buenaventura, el conocimiento que

73. Itin. IV, 8.

74. F. Chavero Blanco, *Imago Dei*, 191.

de Dios proporcionan la razón y la fe va mucho más allá, puesto que el punto final de la teoría del conocer es la visión beatífica en la cual queda implicado todo el humanismo bonaventuriano, y este fin último del hombre explica todo este humanismo.⁷⁵

Ahora bien, esta unidad del hombre, alma-cuerpo, íntimamente unidos por los dos mencionados conocimientos (racional y de la fe) no ha llegado aún a su meta final o a su fin último. Solamente ha experimentado la presencia de Dios mediante tres movimientos fundamentales en esta primera etapa del conocer del alma que ha visto “los vestigios” de Dios en el mundo sensible, su imagen impresa en su propio ser como criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, adentrándose en el conocimiento de sí mismo, esto es, en la imagen eviterna y en tercer lugar, se ha confrontado observando la presencia del ser superior a sí mismo, como Ejemplar Eterno, mediante una reflexión del intelecto que ha sido guiado por el clamor de la oración poniendo como punto de partida la fe.⁷⁶ Puesto que en la presentación que nos hace el Doctor Seráfico, debemos tener presente que, en el estado de nuestra naturaleza, todas las criaturas se nos presentan como escala para subir a Dios, teniendo en cuenta que unas son vestigio, otras son imagen, unas temporales y otras eviternas. Lo vemos claramente en el siguiente texto:

Porque, según el estado de nuestra naturaleza, como todo el conjunto de las criaturas sea escala para subir a Dios, y entre las criaturas unas sean vestigio, otras imagen, unas corporales, otras espirituales, unas temporales, otras eviternas, y, por lo mismo, unas que están fuera de nosotros y otras que se hallan dentro de nosotros, para llegar a considerar el primer Principio, que es espiritualísimo y eterno y superior a nosotros, es necesario pasar por el vestigio, que es corporal y temporal y exterior a nosotros.⁷⁷

También en orden a la teoría del conocimiento, el conocimiento iluminativo no implica la visión de las ideas en cuanto tales, ni de Dios mismo.⁷⁸ Nos damos cuenta de que nuestra inteligencia es iluminada en su proceso cognoscitivo por las razones eternas, lo mismo que por las ideas. No ha llegado a contemplar las ideas eternas. Sencillamente, nuestra inteligencia ha sido estimulada mediante el conjunto de las criaturas que se le han presentado como escala para subir a Dios.

Por lo tanto, al punto a donde debe llegar el hombre –mediante la iluminación de su inteligencia– es a descubrir a Dios como “el primer principio”; es decir, la razón primera de todo el conocimiento y al mismo tiempo como “la razón última”. Esto no es otra cosa que conducir al hombre al conocimiento de Dios

75. F. Chavero Blanco, *Imago Dei*, 192.

76. Cfr. Itin. Prologo 3.

77. Itin. I, 2.

78. Cfr. F. Ramondino, *L' Itinerarium*, 49.

como “principio y fin” o como “alfa y omega”, razón de ser no sólo respecto del conocimiento en san Buenaventura, sino que se presenta como punto de partida y de llegada en el *Itinerarium*, tal como lo desarrolla el Doctor Seráfico.

Pero debemos tener presente que en este proceso del conocimiento, el hombre no conoce a Dios de un modo inmediato, ni en sí mismo. En su estado actual por la naturaleza finita de su inteligencia, no podrá pretender adquirir un conocimiento pleno. Necesitará continuar su proceso como imagen eviterna en la demostración de las ideas que va adquiriendo progresivamente. Una de estas ideas consiste en descubrir que los datos que ha recibido de las cosas materiales no pueden darle una idea espiritual. Razón por la cual llega a la conclusión de que el intelecto no puede ofrecerle este acercamiento concreto al Creador. Es a través del alma que puede llegar al Creador en cuanto ella es imagen de Dios.

“El alma es imagen y semejanza de Dios”⁷⁹ nos dice el Doctor Seráfico y esto nos ha llevado a descubrir en el proceso del conocimiento, la capacidad que el hombre tiene de Dios. Pero para llegar a esta conclusión clara, precisa y fundamental en el *Itinerarium*, debemos, primero, acompañar al hombre en este caminar en el desierto, como el pueblo de Israel.

Ahora bien, hemos experimentado que el proceso de acercamiento del hombre a Dios en este desierto, se le hace posible en su capacidad de contemplación, de creencia y de investigación que puede realizar a partir de los datos que ha tomado de las cosas que percibe por los cinco sentidos y en su relación íntima con el Creador a través del alma.

Por lo tanto, Dios ha sido percibido por las cosas y en las cosas, ha sido percibido igualmente en el interior del mismo hombre y finalmente se empieza a percibir en sí mismo como ser superior, como primer principio, como principio y fin o como Ejemplar Eterno.

Comienza el hombre a vislumbrar la luz que le ilumina la mente para dirigirse hacia su Ejemplar Eterno. Ha contemplado la presencia de Dios que se le ha manifestado en el primer conocimiento adquirido del macrocosmos –mundo mayor– ante el cual se halla confrontado y, por supuesto, en el cual se halla inmerso como una pequeña partícula deseosa de descubrir su razón de ser y su objetivo fundamental en este grandioso mundo que le rodea. El hombre ha visto en el mundo de las cosas sensibles, como en un espejo, el tránsito hacia Dios, tal cual como se manifiesta el tránsito de los hebreos que salieron de Egipto en busca de la tierra prometida, lo mismo que el tránsito de los cristianos que, con Cristo, de este mundo llegan al Padre.⁸⁰

79. Cfr. Itin. III, 2

80. Cfr. Itin. I, 9.

Esta es la primera escala por la cual el hombre, haciendo uso de sus sentidos, ha llevado a su entendimiento todos estos datos que ha percibido en las cosas sensibles. Le quedará, por tanto, la posibilidad de dar un segundo paso, que consistirá en pasar de las cosas sensibles a una realidad invisible. “Se puede decir que los sentidos exteriores anuncian al entendimiento que la potencia, sabiduría y bondad de Dios relucen por las cosas sensibles mediante la contemplación, la fe y el raciocinio”.⁸¹

Por su parte, al entendimiento le corresponde conocer el significado de los términos y las propiedades de Dios, esto es, su unidad, verdad y bondad.⁸² Es a partir de su confrontación con el Ejemplar Eterno como el hombre puede experimentar que esta presencia que recibe de su Creador posee la unidad, es decir, es uno. No hay en él divisiones que puedan confundir su mente en cuanto a expresiones diversas que le contradigan. No hay división en Dios, por lo tanto es uno; no hay falsedad por lo cual es verdad; no ha percibido en Dios el engaño, por lo tanto debe concluir que Dios es bondad.

Buenaventura —escribe Chavero Blanco— ofrece una metodología del saber, en la que los modos diversos de conocimiento, fe, razón, contemplación, escalonadamente se suceden, unificados en un orden o una meta común. Es un método teológico, pensado como acercamiento al misterio de Dios, en el cual la fe es el punto de partida; el discurso razonador es camino que conduce a la contemplación del misterio.⁸³

“La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven”⁸⁴. Este mensaje esperanzador dirigido por el autor de la carta a los hebreos, se actualiza en la presentación que hace el Doctor Seráfico de la fe como elemento fundamental en la experiencia de encuentro que el hombre vive con Dios al presentársele como el Ejemplar Eterno.

En su vivencia cotidiana, el hombre debe superar todos aquellos obstáculos que se le presentan y que le impiden percibir la presencia de su Creador. Por esto, su tránsito hacia Dios requiere una confianza plena en Dios, que se le hace presente en el interior del mismo hombre. El Creador representa para el hombre la garantía de aquello que aún no percibe, pero que desea alcanzar, esto es, la luz que ilumine todo su ser. Su razonamiento no será simplemente un discurso superfluo como resultado de las incongruencias de la vida, sino que su reflexión hallará sus raíces en la confianza plena en el Dios que no falla. De dicha experiencia resulta como conclusión lógica la contemplación de Dios Creador, que

81. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 21.

82. Cfr. Itin. III,3.

83. F. Chavero Blanco, *Imago Dei*. 179.

84. Hb 11,1.

en su *itinerarium* se le ha hecho presente en el mundo sensible, en el interior de sí mismo y en el Ser que le es superior.

Se requiere, por tanto, la fe como confianza plena en Dios, al igual que como garantía de alcanzar lo que espera en la plenitud de Dios. Una fe que se vive en el presente y que se orienta hacia el futuro del hombre que realmente desea transformar su ser en una verdadera imagen y semejanza de su Creador.

Corolario

La facultad cognoscitiva del alma como proyección de la imagen de Dios, se nos ha manifestado como un itinerario de amor mediante el macrocosmos temporal, esto es, por el mundo sensible, vestigio de Dios, recibido por el hombre en lo que es exterior a sí mismo, en el cual ha descubierto el ejemplar del Creador impreso en las cosas creadas.

En la imagen eviterna, es decir, al entrar en sí mismo, el hombre descubre que se ama y se conoce y esto mediante su memoria, entendimiento y voluntad que proceden de Dios y le hacen reconocerse como imagen del Creador.

Mediante el Ejemplar Eterno, ha experimentado lo que es superior a sí mismo. Allí en Dios, se le ha presentado el Ejemplar Perfecto, en el cual, el Creador se le presenta como suma luz e invitan al hombre a convertirse a estos rayos de luz. En esta conversión ha adquirido el conocimiento de la dimensión trinitaria de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Es por tanto, según la presentación que hace san Buenaventura de la imagen en el *Itinerarium mentis in Deum*, a partir del interior del hombre como surge este deseo de conocimiento que irá desarrollando paulatinamente mediante el contacto con el mundo exterior y con el ser sobrenatural, que es el mismo Dios Creador.

De tal manera que el hombre como imagen de Dios en el *Itinerarium*, no sólo se plantea en relación con el Creador, sino que se funda y se motiva teológicamente en la relación del hombre con el mundo.

Se presenta, de igual modo, la superioridad del hombre en la obra creada, pues él es el centro y la razón de ser de esta. Pero el hombre sólo podrá experimentar su condición en la medida en que distinga, por medio del conocimiento, el vestigio del Creador en las cosas sensibles de la imagen de Dios presente en el interior del hombre.

De esta forma, al hombre se le presentan dos datos diversos en una doble relación: uno del mundo que lo rodea y otro del conocimiento de sí mismo, los cuales tendrán una meta común: descubrir la presencia de Dios, como Ejemplar Eterno, presente en la creación.

He aquí la metodología que hemos tratado de desarrollar en este primer capítulo de nuestro trabajo, donde hemos hecho lo posible por ser fieles al pensamiento bonaventuriano, mostrando con ello la facultad cognoscitiva del alma partiendo desde lo exterior al hombre, pasando por lo interior (en sí mismo) y descubriendo los primeros rayos de luz que le muestran al ser superior como “espiritual-eviterno” o como primer principio.

Esta es sólo la primera etapa de nuestro trabajo. Tendremos ahora que adentrarnos en este conocimiento que el alma ha adquirido, tratar de descubrir cuáles son sus funciones frente a este proceso de itinerario que el hombre desarrolla como posibilidad cognoscitiva del Ejemplar Eterno.

“Pero levantarnos sobre nosotros no lo podemos sino por una fuerza superior que nos eleve. Porque por mucho que se dispongan los grados interiores, nada se hace sino acompaña el auxilio divino”.⁸⁵ Este es el auxilio que requerimos para continuar nuestra labor de análisis y profundización en el estudio del hombre como imagen de Dios, según lo presenta san Buenaventura en el *Itinerarium mentis in Deum*.

85. Itin. I, 1.



La creación de Adán

Las funciones primarias del alma: manifestación de la imagen de Dios

San Buenaventura nos dice, al final del primer capítulo del *Itinerarium*, que es necio aquel hombre incapaz de elevarse a Dios desde el esplendor de las cosas.⁸⁶ Hemos visto en el capítulo primero de nuestro trabajo, cómo las cosas que el hombre percibe lo remiten a Dios y puede transitar a Él, debido a que Dios, que es invisible, se hace perceptible por medio de la materia visible en sus vestigios.

En este segundo capítulo trataremos de analizar las consecuencias que se presentan para el hombre después de haber experimentado el conocimiento a través de su contacto intelectual con el mundo exterior, en el interior de sí mismo y en el Ser que le es superior.

Antes de dar este segundo paso debemos recordar que para san Buenaventura, la presencia de Dios se hace patente no sólo por las cosas sensibles, sino también en ellas. Dicho tránsito a Dios se realiza gracias a que el macrocosmos ingresa en la interioridad del hombre (microcosmos) por medio de los cinco sentidos y poniendo como aporte nuevo las operaciones de apprehensio, oblectatio y diiudicatio.

Aquí encontramos el punto de partida para descubrir cómo se hace el proceso de encuentro entre el macrocosmos y el microcosmos, es decir, la irrupción del mundo material en el hombre, que es espiritual o imagen eviterna. Este proceso lo presenta el Doctor Seráfico en una triple dimensión del alma eviterna frente

86. Cfr. Itin. I, 15.

al mundo sensible: aprehensión, delectación y juicio como funciones primarias del alma.

El alma aprehende las cosas sensibles

La materialidad visible del Ejemplar Eterno, que en el macrocosmos se manifiesta al hombre, se concreta mediante los vestigios que en el mundo sensible se encuentra de Dios. El hombre los percibe mediante los sentidos y podrá, mediante su confrontación con ellos, establecer su conocimiento de Dios, redescubrir su amor a Dios por ser su imagen eviterna. Nos damos cuenta de que esto es posible cuando el mundo, que se dice macrocosmos, entra en el alma del hombre que se dice mundo menor, mediante los cinco sentidos, para que el alma, como imagen eviterna de Dios, aprehenda, se deleite y juzgue las cosas sensibles. Así se deduce del siguiente texto: “Se ha de observar, pues, que este mundo, que se dice macrocosmos, entra en nuestra alma, que se dice mundo menor, por las puertas de los cinco sentidos, a modo de aprehensión, delectación y juicio de las cosas sensibles”.⁸⁷

Veamos ahora la primera función del alma mediante la cual el hombre comienza a percibir todo el mundo sensible y en él experimenta un doble conocimiento: el de los vestigios de Dios manifestados en las cosas y el de la imagen eviterna que yace en el interior de sí mismo. A esta primera dimensión del alma, el Doctor Seráfico le da el nombre de aprehensión: “Por la aprehensión, en efecto, entra en el alma todo el mundo sensible en cuanto a los tres géneros de cosas”.⁸⁸

Según san Buenaventura, los cinco sentidos se dividen en inmediatos, vista y tacto, e intermediarios: oído, gusto y olfato. La diferencia entre estos dos grupos radica en que los intermediarios perciben a través del medio, mientras que los inmediatos lo hacen por su contacto con la luz y el objeto.⁸⁹

Es, entonces, mediante la aprehensión hecha por el alma y gracias a los cinco sentidos que las cosas sensibles entran al alma. Lo que manifiesta la imagen temporal en las cosas sensibles no es su formación substancial, sino lo que en ellas se manifiesta como vestigios de aquel Ejemplar Eterno. Por lo tanto,

(...) la aprehensión del macrocosmos se da por medio de una semejanza (*similitudo*) o especie (*species*) de la cosa. Es decir, el objeto percibido es percibido porque genera una semejanza suya que representa la cosa (distinta de ella) y la proyecta fuera de sí.⁹⁰

87. Itin. II, 2.

88. Itin. II, 4.

89. Cfr. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 23.

90. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 26.

Esta semejanza percibida por el alma en las cosas sensibles, le permite al hombre tener una visión clara de la constitución del mundo material, donde observa, en primer lugar, aquella constitución de las cosas en cuanto su substancia y, en segundo lugar, su vestigio recibido del Creador como una huella de su Ejemplar Eterno:

Y estas cosas sensibles y exteriores son las que primero entran en el alma por las puertas de los cinco sentidos; entran, digo, no por sus substancias, sino por sus semejanzas, formadas primeramente en el medio, y del medio en el órgano exterior, y del órgano exterior en el órgano interior, y de este en la potencia aprehensiva; y de esta manera la formación de la especie en el medio y del medio en el órgano y la conversión de la potencia aprehensiva a la especie hace aprehender todo cuanto el alma aprehende exteriormente.⁹¹

Ahora bien, estas semejanzas de las cosas llegan al alma mediante una doble actividad: de la facultad sensitiva y de la facultad intelectual. San Buenaventura nos dice que para llevar a cabo esta aprehensión del mundo sensible, el alma recibe estas semejanzas mediante un proceso en el cual, primero, son percibidas en el medio y de allí pasan al órgano exterior y de este al sentido interior, para luego pasar a la potencia aprehensiva en la que es interiorizada mediante la conversión hecha por esta sobre la semejanza que se ha percibido. A este proceso que se ha hecho en el alma, el Doctor Seráfico lo llama formación de la especie (*generatio speciei*) y mediante este proceso explica la aprehensión de todas las cosas que ingresan al alma, ya que es un paso que se presenta en los cinco sentidos. En dicho desarrollo del conocimiento, interviene –hemos dicho– el órgano externo, esto es, los cinco sentidos, y el órgano interno, a saber, el sentido común –podríamos decir–, así como la imaginación y la memoria.

Ahora bien, en lo que tiene que ver en la relación del hombre con el mundo, debemos tener presente que para san Buenaventura el universo de las cosas creadas está formado por tres tipos de seres: cuerpos celestes o simples, o también seres generadores, donde se encuentran los cuatro elementos (fuego, agua, tierra, aire); los cuerpos compuestos o seres generados: minerales vegetales y cuerpos humanos; y en último lugar, los seres gobernantes o espirituales, que gobiernan a los cuerpos animales y humanos y cuáles pueden estar unidos, como en los animales o estar separados en parte, como es el caso de los espíritus racionales, o estar totalmente separados, que es la condición de los ángeles.⁹²

Después de haber fundamentado la relación entre el macrocosmos y el microcosmos, tal como se da en la percepción de los sensibles propios y comunes, el hombre tiene acceso (indirecto) gracias al movimiento, a los seres gobernantes, puesto que el Doctor Seráfico nos dice que si el movimiento es percibido por los

91. Itin. II, 4.

92. Cfr. Itin. II, 2.

sentidos, y dado que lo que se mueve solamente puede ser movido por otro o por sí mismo, se sigue que por el movimiento se llega al conocimiento del motor espiritual que mueve al cuerpo material, tal y como por el efecto se conoce la causa. Es así como el hombre puede percibir el universo de las cosas creadas, representadas para san Buenaventura, en los tres tipos de seres mencionados: cuerpos celestes o simples, cuerpos compuestos y seres gobernantes.⁹³

En este contacto directo, cuando el alma, por ser espiritual, recibe la imagen temporal de las cosas (*species* o *similitudines*), ha captado el dato fundamental en el cual percibe un vestigio mucho más claro de la presencia (huella) de Dios en el mundo sensible, puesto que no se ha limitado a observar el mundo únicamente en lo material –aquel conocimiento limitado que sólo le ofrece el órgano externo, en el que se puede admirar la naturaleza en cuanto formas, colores y dimensiones de todo lo sensible del mundo exterior– sino que, precisamente, estas formas, colores y dimensiones le hablan del vestigio temporal de Dios impreso en las cosas sensibles.

Conocimiento primario, no definitivo, que el hombre recibe y que le permite descubrirse como imagen de su Creador, mediante su capacidad de memoria, entendimiento y voluntad, tres facultades del alma que no podemos olvidar y son claves o fundamentales para comprender la dimensión del hombre como imagen eviterna del Creador. Dicha imagen eviterna se irá perfeccionando en la medida en que el hombre aprehende el macrocosmos y va purificando su conocimiento en los datos o elementos que del mundo sensible recibe.

Hemos dicho que en la facultad de aprehensión que tiene el hombre del macrocosmos, el alma efectúa una doble función en cuanto operan los dos sentidos (exterior-interior). Pero nos atrevemos a indicar que en un primer momento de dicha aprehensión, actúa el órgano exterior, en un así llamado conocimiento sensible de las cosas temporales o imagen temporal que ellas poseen, puesto que, en ellas se consideran siete elementos, a saber: origen, grandeza, multitud, belleza, plenitud, actividad y orden. En su conocimiento sensible –para la inteligencia– estos siete elementos son como siete testimonios de la potencia, sabiduría y bondad de Dios. Esto lo vemos claramente en el siguiente texto:

Y dilátase esta consideración conforme a siete condiciones de las criaturas, que son siete testimonios de la potencia, sabiduría y bondad divina, si se considera el origen, la grandeza, la multitud, la hermosura, la plenitud, la operación y el orden de todas las cosas.⁹⁴

En estas siete condiciones de las criaturas se manifiesta la plenitud de la obra creada por Dios y en ellas se encuentra impresa la huella del Creador, huella

93. Cfr. Itin. II, 3.

94. Itin. I, 14.

que representa el Ejemplar Eterno impreso en el mundo sensible, que el hombre percibe en los vestigios que hay de Dios en este mundo sensible, redescubriendo en esta actividad de aprehensión, su ser como imagen eviterna. Es importante que nos detengamos por un momento, en tratar de descubrir la razón de ser de estas condiciones de las criaturas, tal como nos lo presenta san Buenaventura.

Al hablar del origen de las cosas, el Doctor Seráfico nos dice que allí se debe apreciar la creación, distinción y ornato de la obra realizada por Dios en seis días. Luego, al presentar la grandeza de las cosas, nos conduce a distinguir su longitud, latitud y profundidad en su relación con la potencia, sabiduría y bondad del Dios Trino, que existe en todas las cosas. Posteriormente, al hablar de la multitud de las cosas, analiza la diversidad de géneros, especies e individuos, la que se insinúa y se muestra claramente en los tres atributos ya mencionados que existen en Dios. Luego, nos habla de la hermosura de las cosas en cuanto a su variedad de luces, figuras y colores, los cuales, de igual manera, proclaman los atributos de Dios.

En lo referente a la plenitud de las cosas, se resalta su materialidad en cuanto a sus formas, su virtud y sus efectos. Nos presenta a continuación, la operación múltiple de las cosas y en ella analiza su triple dimensión en cuanto natural, artificial y moral, confrontadas igualmente con la dimensión trinitaria de Dios en la obra creada, mediante sus tres atributos. En este punto, se llega a considerar que en la inmensidad de dichos atributos se encuentra la causa de existir, la razón de conocer y el orden de vivir.⁹⁵

Finalmente, para hablarnos de la séptima condición de las criaturas, (el orden), nos remite a dos libros. Primero, al libro de las criaturas, donde se nos presenta el orden en cuanto a su duración, situación e influencia en su relación con la primacía, sublimidad y dignidad del primer principio o Ejemplar Eterno. En segundo lugar, al libro de la Escritura, en el cual el orden es considerado en cuanto sus leyes, preceptos y juicios divinos. Y concluye san Buenaventura esta presentación del orden de las cosas, hablándonos del cuerpo de la Iglesia, en la cual, en el orden de los sacramentos, en sus beneficios y retribuciones, encontramos la inmensidad de la bondad de Dios. Finaliza esta presentación de las siete condiciones de las criaturas afirmando que el orden nos lleva de la mano al que es primero y sumo, al Ejemplar Eterno, presentado en el Nuevo Testamento.

Ahora bien, esta presentación de las condiciones de las criaturas nos ha servido para descubrir la importancia que tiene para el Doctor Seráfico la presentación trinitaria de la Ejemplar Eterno en las cosas creadas, puesto que en cada una de estas condiciones, el hombre descubre la triple dimensión trinitaria

95. Cfr. Itin. I, 14.

como parte del mundo sensible, y esta función, o manifestación de su conocimiento, la consume gracias a su condición de imagen eviterna, pues el mismo hombre hace este proceso de aprehensión mediante su propio ser trinitario, esto es, a través de las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

A modo de conclusión, podemos afirmar que el Ejemplar Eterno (el Creador) le manifiesta a la imagen eviterna (la criatura) su presencia en las cosas creadas puestas al servicio del hombre. Así, esta operación del conocimiento es una posibilidad de acercamiento del hombre a su Ejemplar Eterno, mediante la manifestación en las cosas sensibles, en Dios mismo y, por supuesto, en la actividad del conocimiento del mismo hombre que se va reconociendo como imagen de su Creador. Esto nos lo confirma el texto siguiente:

El origen de las cosas, en efecto, en cuanto se refiere a la creación, distinción y ornato de la obra de los seis días, predica la divina potencia que las sacó de la nada, la divina sabiduría que las distinguió claramente y la divina bondad que las adornó largamente.⁹⁶

Por otra parte, en el caso de la aprehensión, la semejanza representativa de las cosas se produce en el medio, impactan el órgano del sentido y son interiorizadas. Aquí se manifiesta que el Creador, Luz Eterna, manifiesta un esplendor; es decir, la semejanza o representación que es coigual, coeterna y consubstancial respecto del Creador. Además de esto, de la misma forma como la semejanza se une al órgano corporal para ser aprehendida, el esplendor –Cristo– se une por aquella gracia de la unión hipostática a un individuo de naturaleza racional, para que de esta forma pueda reconducir a todos al Padre como su principio y objeto original:

Porque siendo la especie que se aprehende semejanza engendrada en el medio e impresa después en el órgano, y llevándonos, en virtud de la impresión, al principio de donde nace, es decir, al conocimiento del objeto, nos da a entender de modo manifiesto no sólo que aquella luz eterna engendra de sí una semejanza o esplendor coigual, consubstancial y coeterno, sino también que aquel que es imagen del Dios invisible, esplendor de su gloria y figura de su substancia, existente en todas partes por su generación primera –el objeto engendra su semejanza en todo medio–, se une por la gracia de la unión– la especie se une al órgano corporal– a un individuo de la naturaleza racional para reducirnos mediante tal unión al padre como a fontal principio y objeto.⁹⁷

Hemos llegado a descubrir, con san Buenaventura, que en esta primera función del alma, la cual aprehende las cosas sensibles, el hombre ha percibido a “aquel que es imagen de Dios invisible”, puesto que existe en todas las cosas mediante su generación primera. Este es el objetivo del Doctor Seráfico al

96. Itin. I, 14.

97. Itin. II, 7.

hablarnos de la virtud que poseen las cosas cognoscibles: mostrar al hombre la puerta por la cual entrar en la plenitud de su propia imagen (de Dios) descubriendo así a Cristo como imagen e Hijo del Dios Padre; es decir, las cosas sensibles proclaman con claridad que en ellas, como en espejo, puede verse la generación Eterna del Verbo. Esto es lo que nos presenta el siguiente texto:

Luego todas las cosas cognoscibles, teniendo como tienen la virtud de engendrar la especie de sí mismas, proclaman con claridad que en ellas, como en espejos, puede verse la generación eterna del Verbo, Imagen e Hijo que del Dios padre emana eternamente.⁹⁸

Buenaventura propone a nuestra consideración dos aspectos en esta relación del macrocosmos con el microcosmos. En el primero de ellos, el Doctor Seráfico nos permite descubrir que en el desarrollo del hombre se halla, de alguna manera, el símbolo de la formación progresiva del mundo material. Esto nos lo presenta en el *Breviloquio* y en él nos habla de las seis fases del desarrollo del hombre: *infantia*, *pueritia*, *adolescencia*, *iuventus*, *senectus* y *senium*, como una correspondencia con las seis etapas o edades del desarrollo del mundo. Aquí entendemos que el microcosmos es, de alguna manera, una copia reducida del macrocosmos al cual está ligado por vínculos orgánicos.⁹⁹

De esta manera,

(...) creado y formado de la tierra, el hombre está inmerso en el mundo material. Él porta en su propio cuerpo la fragilidad de las criaturas materiales y, al mismo tiempo, como ellas, el elemento positivo de una cierta posibilidad manifestadora, en su cuerpo, como en el vestigio se manifiesta la actividad creadora de Dios.¹⁰⁰

El segundo aspecto que debemos considerar en esta relación del macrocosmos con el microcosmos, es que en el cuerpo humano hay algo más que no se encuentra en el mundo de las cosas sensibles. En este aspecto, encontramos que el cuerpo humano ha sido creado de una forma especial que lo diferencia de los otros cuerpos. En el Arte Eterno del Padre, el hombre ha sido formado en una manera tal que fuese perfectamente apto para recibir el alma, la cual “lo mueve y lo eleva a la bienaventuranza”. Por tanto, el cuerpo del hombre da testimonio más claramente que cualquiera de los otros vestigios, mediante la bondad, la sabiduría y la potencia de la Trinidad.¹⁰¹

Para una mejor comprensión del aporte que nos hace san Buenaventura de esta íntima relación mundo-hombre-Dios, es importante que lo situemos en su época, la Edad Media. La visión cosmológica del medioevo está centrada en

98. Itin. II, 7.

99. Cfr. Brev. II, 10.

100. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo*, 81.

101. Cfr. Brev. II, 10.

torno a las primeras páginas del Génesis, donde lo fundamental del mundo es su “ser creado”, la conexión con Dios desde la raíz existencial. Por lo tanto, el existir y el estar referido a Dios es una misma cosa. De tal manera que

(...) nuestro espíritu, que está hecho para alimentarse con la contemplación de las realidades sensibles –necesario pan y necesario vino para nuestro ser de carne–, descubre inevitablemente la bifacialidad estructural de todo lo creado. Hay una cara externa hecha de materia muerta, pero a la vez existe la otra cara, pura semejanza y reflejo divino. En el corazón del ser habita Dios.¹⁰²

Ante el gran macrocosmos el hombre se deja impresionar por todo lo que percibe, pues los seres dejan pasar la luz de Dios por la cual están habitados. Ahí está la presencia de Dios que se deja percibir como presente, de tal manera que el mundo es una forma de hacerse Dios presente al ser humano. Por lo cual, el mundo no puede estar en oposición al hombre ni en oposición a Dios. Los tres viven en comunión y colaboración fecundas. En este sentido, el mundo es expresión de Dios y por lo tanto punto de encuentro entre el Creador y el hombre. Al experimentar esta íntima relación con el mundo, el hombre se siente seguro y cobijado por él, ya que de la presencia divina emanan la potencia, la sabiduría y la bondad.¹⁰³

En esta convivencia mutua mundo-hombre, podemos descubrir cómo el mundo se humaniza y al mismo tiempo el hombre se naturaliza; es decir, la naturaleza y la humanidad se compenetran en una convivencia en la que se siente la presencia del Dios Creador que se dona al hombre en el mundo sensible.

Es en esta medida de unión y diferenciación con el macrocosmos, como el hombre halla su identidad con el Ejemplar Eterno –el Creador–. El hombre, dotado de memoria, entendimiento y voluntad, ha experimentado en esta confrontación con el vestigio del Creador, manifestado en el mundo sensible, su superioridad y su propia identidad como imagen eviterna. Se ha realizado, por tanto, en el alma la aprehensión de las cosas sensibles. En dicha aprehensión ha adquirido un conocimiento de la imagen del Creador manifestada o presente en las cosas por medio de la huella impresa en las mismas cosas sensibles.

Ha descubierto dicha imagen como en un espejo en el cual no sólo ha experimentado una confrontación con dicha imagen temporal, sino que, además, ha descubierto en sí mismo su razón de ser imagen eviterna del Creador.

Podemos, de esta forma, afirmar que el libro de las criaturas se ha abierto para el hombre y en él ha podido presenciar las maravillas de la creación. En este proceso de aprehensión de las cosas sensibles, ha experimentado la belleza y perfección de la obra de la creación donde percibe la imagen impresa del Creador.

102. O. González, *Misterio trinitario*, 539-540.

103. Cfr. Itin. I, 14.

El hombre no necesita grandes acontecimientos en el universo para percibir la presencia de Dios en las criaturas ante las que se encuentra confrontado. Es en la simplicidad de la evolución del universo que encuentra manifestada dicha presencia; en la diversidad de colores, formas, olores y sabores.

Pero esto sólo podrá ser aprehendido por el hombre en la medida en que se done por completo ante la confrontación con el universo. Es aquí donde se halla la razón de ser del acercamiento del hombre hacia la imagen temporal en la que se le hace presente la imagen Eterna. En esto consiste también su dimensión como ordenador de la obra creada, puesto que al percibir en las cosas sensibles la imagen del Dios Creador, comprende la función fundamental de la creación y puede, con su esfuerzo, ordenarlo todo a su Creador.

Le corresponde ahora, siguiendo la orientación del *Itinerarium*, experimentar la así llamada delectación realizada por el alma en las cosas sensibles, otro aspecto importante en el desarrollo del reconocimiento del hombre como imagen de Dios en este proceso de encuentro en el que se halla inmerso ante el mundo, ante sí mismo y ante el Creador.

El alma se deleita en lo sensible

A la segunda actividad del alma frente al mundo sensible, san Buenaventura la denomina delectación, la cual se presenta en el alma eviterna luego de haber realizado, en una forma conveniente, la aprehensión: “A esta aprehensión, si lo es de alguna cosa conveniente, sigue la delectación”.¹⁰⁴ Esta actividad se presenta a partir del momento en el cual el sentido ha percibido el objeto a través de su semejanza abstracta, mediante un triple contacto, a saber: por la hermosura que le llega a la vista, por la suavidad al olfato y oído; por la salubridad que le llega a través del tacto y el gusto. Lo que causa esta delectación es la proporción armónica que el alma percibe en el mundo sensible, según se deduce del siguiente texto:

Deléitase, en efecto, el sentido en el objeto, percibido mediante su semejanza abstracta, o por razón de hermosura, como en la vista, o por razón de suavidad, como en el olfato y oído, o por razón de salubridad, como en el gusto y tacto –hablando apropiadamente–.¹⁰⁵

Dicha proporción armoniosa se presenta en el alma por medio de las especies de las cosas que el hombre percibe en el macrocosmos ante el cual está experimentando su conocimiento. Este conocimiento ha llegado al alma mediante el encuentro del mundo (macrocosmos) y del hombre (microcosmos) y esto

104. Itin. II, 5.

105. Itin. II, 5.

se transforma en un signo de la intuición profunda de Dios como sumamente expresivo.¹⁰⁶

En este sentido, entendemos el hecho de que todas las cosas se manifiestan en su esencia al hombre, generando así su propia imagen y mostrándole lo que en ellas hay de la presencia del Creador. El alma se deleita en aquello que emana de las cosas y que le producen placer, es decir: su hermosura, su suavidad y su salud. Por esto, san Buenaventura presenta la delectación antes del juicio:

Antes del juicio, san Buenaventura pone el placer que condiciona el juicio cuya primera función consiste en dar razón del mismo placer colocándolo en relación de igualdad trascendente, en cuanto es lo mismo para un objeto grande o pequeño, no crece y no varía, resultando así independiente del lugar, del tiempo, del movimiento, y siendo por lo tanto inmutable, ilimitado, infinito y espiritual.¹⁰⁷

De tal manera que, antes de hacer el juicio del mundo por el cual está rodeado, para el Doctor Seráfico, es fundamental que el hombre disfrute de forma placentera, de aquella imagen armoniosa que el mundo sensible le proporciona y en el que, por medio de su manifestación, ha encontrado el Ejemplar Eterno del Dios invisible, plasmado como huella en el mundo sensible.

A donde pretendemos llegar es a la delectación del alma ante el mundo sensible y en esto seguimos de cerca la orientación de san Buenaventura, que nos presenta este mundo desde una visión positiva, es decir, el mundo sensible no representa para el hombre un lugar de distanciamiento de Dios, sino que en él se percibe su presencia y esto surge a partir de la unión del sentido, de la inteligencia y de la razón.

Pero debemos ir más allá en este reconocimiento que el hombre adquiere de su sentido de imagen eviterna del Creador. Tiene fundamental importancia el hecho de que a esta triple unión del sentido, la inteligencia y la razón, está unida la comprensión espiritual, de dicho mundo, entrelazando su razón inferior ante la razón superior, en la cual esta última se presenta como un testimonio o un símbolo de la potencia, sabiduría y bondad del Creador como un ser viviente, inteligente y puramente espiritual y descubre, al mismo tiempo, al Dios incorruptible e inmutable. De esta forma, nos lo presenta el Doctor Seráfico:

Ve además que algunas cosas son mudables y corruptibles, como las terrestres; que otras son mudables e incorruptibles, como las celestes; por donde colige que hay otras inmutables e incorruptibles, como las sobrecelestes.¹⁰⁸

106. Cfr. V. Cherubino, *Studi sul pensiero di San Bonaventura* (Assisi 1988) 284.

107. V. Cherubino, *Studi sul pensiero*, 284.

108. Itin. I, 13.

Descubrimos, entonces, con san Buenaventura, que aquella especie que deleita el alma como hermosa, suave y saludable, nos aporta un conocimiento de la primera especie donde se halla una suma proporción e igualdad respecto al engendrador, una suma virtud que se intima por la verdad percibida en la aprehensión, produciendo en esta relación la suma impresión que sana, satisface y expelle toda indigencia en el aprehensor.

A este punto, san Buenaventura concluye que si la delectación es una unión entre un conveniente con su conveniente y que si la semejanza que se engendra de solo Dios, tiene la razón de lo sumamente hermoso, suave y saludable y además de esto, se une según la verdad, la intimidad y la plenitud, entonces vemos claramente que sólo en Dios está la delectación fontal y verdadera y, que todas las demás delectaciones, nos llevan de la mano a buscar aquella delectación verdadera. Veamos:

Si la semejanza que se engendra de solo Dios tiene la razón de lo sumamente hermoso, sumamente suave y sumamente saludable, y se une, según la verdad, según la intimidad y según la plenitud que llena toda capacidad, se ve claramente que en sólo Dios está la delectación fontal y verdadera y que todas las delectaciones nos llevan de la mano a buscar aquélla.¹⁰⁹

Allí, en esta compenetración del macrocosmos en el microcosmos que es el hombre, se hallan impresos los datos que le muestran su razón de ser imagen del Creador, puesto que la imagen de Dios que se expresa en la cosa (mundo sensible) no le muestra lo que ella es en sí. Su objetivo fundamental es conducirlo a la imagen del Creador por medio de la delectación realizada en la hermosura, suavidad y salud que en las cosas ve plasmadas.

El mundo presencializa la realidad verdadera y está en función de ella. Es la escala por la cual se asciende a Dios. En palabras de Buenaventura, es: *transire, transitus, ascendere, conscendere, transferri quasi per signata*;¹¹⁰ *reintrare et ingredi in speculum mentis*,¹¹¹ *trascendere ad aeternum*.¹¹²

En el fondo de toda esta presentación que nos hace el Doctor Seráfico del encuentro del mundo con el hombre, se percibe la figura de Francisco de Asís, un hombre que ha logrado una verdadera fraternización con la naturaleza y que con su visión escatológica la percibió saturada por la gracia de la resurrección y la glorificación final. Para Francisco, la naturaleza era plena presencia de Dios y por esto lo invitaba al silencio, al recuerdo, a la adoración y al amor sobre todo.¹¹³

109. Itin. II, 8.

110. Itin. I, 4-6; I, 8-9; II, 11.

111. Itin. III, 13.

112. Itin. I, 2.

113. Cfr. O. González, *Misterio trinitario*, 542. Un ejemplo de esta experiencia grande de san Francisco ante la naturaleza, nos lo presenta el siguiente texto: "¿Quién será capaz de

En esto consiste la verdadera delectación del alma frente al mundo sensible, se requiere una visión que va mucho más allá de una simple mirada al mundo sensible. Esto es, el hombre requiere, en esta confrontación, una mirada espiritual aquella que le permite ver lo esencial en la obra creada, su origen, su presente y su trascendencia, es decir, el Dios Trinitario, puesto que

(...) por esa presencia divina en las criaturas, en la intimidad misma de su ser, son estas un puro clamor de Dios, musical sinfonía, que el hombre no puede no oír. Clamor e invitación universales a que el hombre no puede sustraerse.¹¹⁴

Clamor e invitación universales que se perciben en las criaturas, puesto que ellas le muestran al Padre que todo lo crea, al Hijo que es palabra encarnada presente en la obra creada y al Espíritu Santo que es el amor manifestado por el Padre y por el Hijo. Este clamor e invitación permiten que el alma sea elevada a la contemplación de Dios en el mundo que la rodea.

Levantada el alma en la consideración de estas bondades de Dios, mediante la delectación que ha percibido en la semejanza representativa que las cosas sensibles han producido en su sentido, podrá, entonces, descubrir que la primera belleza, suavidad y salud, tiene lugar en la primera semejanza que se ha producido, que tiene su razón de ser en Cristo, "(...) ya que en él hay total identificación con el engendrador (el Padre) y también plena virtud y eficacia sanante".¹¹⁵

Por lo tanto, la delectación de aquellas cosas que el alma ha percibido la conducen a Dios como a la fuente de la verdadera delectación, puesto que al presentarse Cristo como la primera representación, está unida a aquel que es el primer principio, fuente y origen de toda la creación, esto es, el Ejemplar Eterno.¹¹⁶

De esta manera, la imagen de Cristo se presenta como la imagen perfecta del Padre, puesto que es connatural al Padre. San Buenaventura nos demuestra que en Jesucristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios y por lo tanto, Cristo es el medio y el centro de la presencia total del Ejemplar Eterno, que es el Padre.¹¹⁷ El punto radical en esta presencia de Cristo, es descubrirlo como centro focal e irradiador, como verdad última y como perfección de la belleza o hermosura que el hombre ha percibido en la imagen que encuentra de Dios en la manifestación de la perfección en el mundo sensible.

narrar de cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad, esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento. ¡Oh piedad simple! ¡Oh simplicísima piedad!". (1C 80.)

114. O. González, *Misterio trinitario*, 541.

115. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 29.

116. Cfr. Itin. II, 7.

117. Cfr. C. Del Zotto, *La teología*, 12.

Esta mediación de Cristo adquiere vital importancia, en cuanto es imagen en la presencia de la vida trinitaria, donde el Hijo se presenta como la expresión perfecta del Padre, con relación a la creación y a la perfección final del universo en su imagen, plasmada como huella por el Creador. En este sentido, entendemos que “El Hijo es la Epifanía del Padre en el universo, según la triple dimensión de la imagen *creationis, recreationis* y *glorificationis*”.¹¹⁸

En el momento en el cual el hombre ha experimentado el placer en la delectación de las cosas sensibles al admirar lo que en ellas hay de hermoso, suave y saludable y esta hermosura, suavidad y salud le han conducido, como de la mano, al Padre, la delectación del alma en las cosas sensibles habrá cumplido su misión, puesto que el hombre ha descubierto, en este contacto con el macrocosmos, que la hermosura, suavidad y salud perfectas emanadas del Padre se hallan en Cristo, manifestación eterna del Padre.

Por tanto, es en la imagen del Hijo que el hombre percibe su dimensión de imagen eviterna del Padre. En la presencia del Hijo de Dios, como arte del Padre, se descubre todo ser en su originalidad y en su divina hermosura. Podríamos decir que la Trinidad resurge nueva en cada ser, por su luz presente en cada cosa creada, por la presencia de la imagen de Dios en cada criatura.¹¹⁹

Este es el macrocosmos, como lugar donde se manifiesta la imagen, el fuego trinitario donde reluce la presencia de Dios y por medio de la cual, todas las cosas se transforman en dignas por la revelación y comunicación de la presencia de Dios y, por supuesto, transparente en su verdad original manifestada en Cristo, que se presenta al hombre como verdad última de las cosas¹²⁰ y por lo tanto, como camino, puerta y luz que ilumina no sólo las cosas creadas, sino también el conocimiento del hombre para que pueda, a través de las cosas y de su propia alma, descubrir su imagen eviterna del Dios Creador.¹²¹

Ahora bien, sabemos que el hombre está dotado de pensamiento y que este le permite comprenderse a sí mismo. Esto lo lleva a ubicarse en el centro de los valores de toda la realidad creada. No es solamente objeto de conocimiento, sino que es sujeto. Tiene, por lo tanto, su propia dignidad. Desde el punto de vista del conocimiento y de la moral, el rostro del mundo cambia porque está presente el hombre dotado de sabiduría.¹²² Esta dignidad que el hombre posee, tiene su razón de ser en la expresión de san Buenaventura cuando afirma que el hombre es imagen y semejanza de Dios y, por lo tanto, es capaz de su participación.¹²³

118. C. Del Zotto, *La teologia dell'Immagine*, 13.

119. Cfr. Itin. II, 7.

120. Cfr. Hex. II, 27.

121. Cfr. Itin. II, 7.

122. Cfr. F. Ramondino, *L'Itinerarium*, 34.

123. Cfr. Itin. III, 2.

El hombre tiene la capacidad de la mente, del conocimiento y del amor. Estas tres capacidades de las que está dotado el hombre, nos llevan a descubrir la imagen de Dios presente en él, es decir, el hombre es imagen de Dios.

El hombre tiene capacidad de Dios, puesto que posee memoria, entendimiento y voluntad. Este es uno de los datos percibidos por el hombre en su diferenciación con el mundo ante el cual se confronta y que le permite reconocerse como imagen del Dios Uno y Trino y, por supuesto, comprobar que su dimensión de imagen de Dios es superior al vestigio que percibe en las cosas sensibles, pues ellas le presentan una presencia de Dios inferior a la que él posee.

Este proceso de conocimiento de sí mismo que adquiere el hombre, lo lleva a descubrir que puede percibir la hermosura, la suavidad y la salud en las cosas creadas, puesto que en él mismo están presentes; esto es, posee en su propio ser humano, la hermosura, la suavidad y la salud manifestadas por Dios en las cosas sensibles y presentes en el mismo hombre.¹²⁴

Como ya lo hemos dicho, a través de los cinco sentidos y gracias a la apertura del hombre hacia el macrocosmos, entra en él el conocimiento de las cosas sensibles. Aquí afirmamos que no es posible el verdadero conocimiento del macrocosmos sin la participación de la sensibilidad del hombre que las aprehende y se deleita en ellas, como tampoco sería posible dicho conocimiento, sin la participación de las cosas mismas. Por otra parte, deleitarse en ellas y sentirlas no se establecería sin el acto realizado por el alma. De esta manera, en la intercomunicación entre el alma del hombre y las cosas sensibles se establece la presencia de la imagen del Creador.

Es un conocimiento recíproco del Dios Uno y Trino, presente en las cosas y por las cosas; en el hombre y por el hombre; esto es, en la imagen temporal y en la imagen eviterna. Se establece, de esta manera, una compenetración del macrocosmos en el microcosmos, donde el hombre, al deleitarse en la hermosura, suavidad y salud que percibe en las cosas sensibles, mediante el placer manifestado en su sensibilidad, ha reconocido todas estas perfecciones en sí mismo.

De igual manera, el hombre ha descubierto en Cristo, que se le presenta como puerta que conduce a su Ejemplar Eterno, la perfección de esta delectación. Por lo cual la delectación hecha por el hombre no puede quedarse sólo en las cosas sensibles. Ellas, al contrario, le han mostrado las perfecciones temporales que le conducen al arte eterno. Debe, por lo tanto, trascender este placer hacia la presencia de la Ejemplar Perfecto.¹²⁵

124. Cfr. Itin. II, 8.

125. Cfr. Itin. II, 7.

Dicha delectación habrá cumplido su objetivo fundamental cuando el hombre descubra el verdadero placer en la hermosura, suavidad y salud que se hallan en Jesucristo. En esto consiste la trascendencia que el hombre debe experimentar, no en limitarse a observar los rayos de luz que percibe, sino llegar hasta el fuego que producen dichos rayos. Pero este es un proceso lento que el hombre, como imagen eviterna, deberá experimentar en la medida en que todo su ser aprehenda y transforme el conocimiento, que en su itinerario va recibiendo en el contacto con el mundo sensible y con el Ejemplar Eterno en los cuales se descubre a sí mismo como imagen del Dios Creador.¹²⁶

El alma juzga lo sensible

A la tercera actividad del alma frente a las cosas sensibles, san Buenaventura le da el nombre de juicio (*diiudicatio*), la cual se presenta como actividad en el alma después de haber realizado, de una manera conveniente, la aprehensión y luego de haberse deleitado en las cosas sensibles, mediante la confrontación con el macrocosmos que hace el alma como mundo menor. El Doctor Seráfico nos describe esta tercera dimensión del alma, de la siguiente forma:

Después de la aprehensión y de la delectación, fórmase el juicio, por el que no sólo se juzga si esto es blanco o negro –porque esto pertenece al sentido particular–, o si es saludable o nocivo –lo cual pertenece al sentido interior–, sino también se juzga y se da cuenta de que por qué tal cosa deleita, acto en que se inquiera la razón de la delectación que del objeto se percibe en el sentido.¹²⁷

Notamos que para san Buenaventura, el juicio que el hombre debe hacer del macrocosmos que se le presenta, tiene una triple función. En primer lugar, mediante el sentido particular se juzga si la cosa percibida es blanca o negra; es decir, se percibe el color o la forma física de aquello que es percibido. En segundo lugar, se debe juzgar, mediante el sentido interior, si las cosas que se perciben son saludables o nocivas; y en un tercer momento, se juzga la razón por la cual una cosa deleita, momento preciso en el que, mediante la delectación, la razón inquiera la percepción en el sentido. Al dar razón de esta actividad de la delectación, el hombre descubre el ejemplar de Dios en el mundo sensible, momento en el cual, como lo hemos anunciado anteriormente, se descubre a sí mismo como imagen eviterna del Creador, por medio de la hermosura, suavidad y salud, que no sólo están presentes en las cosas percibidas, sino también en el hombre mismo. Esto acontece cuando estas tres capacidades de Dios en el hombre nos presentan una proporción de igualdad. De esto nos habla el siguiente

126. Cfr. Itin. II, 13.

127. Itin. II, 6.

texto: “Y esto ocurre cuando se indaga la razón de lo hermoso, de lo suave y de lo saludable, resultando no ser otra que una proporción de igualdad”.¹²⁸

Por otra parte, es importante notar algo que ya hemos mencionado, pero que nos parece oportuno precisar en este momento. Dicha razón de igualdad no varía en los objetos; es decir, no se presenta una dependencia en el tamaño del objeto, pues es igual si el objeto es grande o pequeño. Esto es, la razón igualdad se percibe y se puede juzgar en las cosas sensibles, independientemente de sus dimensiones, duración o mudanzas. Lo anterior se presenta porque la razón de igualdad es inmutable, incircunscrible, interminable y enteramente espiritual.¹²⁹

Podemos, por lo tanto, descubrir que la función fundamental del juicio (*diuiducatio*) es una operación mediante la cual se depura y se abstrae la especie sensible, recibida por los sentidos y luego la conduce a la potencia intelectual. De esta manera es como el macrocosmos penetra en el alma, mediante las puertas de los sentidos. Hay por lo tanto, una especie de selección de datos que el alma va organizando o depurando de toda la información recibida de las cosas sensibles, mediante las operaciones efectuadas.

De tal modo, el alma apprehende, se deleita y juzga las cosas sensibles. En ellas experimenta hermosura, suavidad y salud, elementos que le presentan la huella impresa del Creador. En ellas y por ellas ha percibido el Ejemplar Eterno; en las cosas y por las cosas descubre su propia imagen eviterna; en su contacto, en las funciones primarias del conocimiento y por supuesto en lo que en el hombre hay de hermosura, suavidad y salud como imagen de Dios. Esta función del juicio nos la presenta san Buenaventura, con las siguientes palabras:

De donde el juicio es una operación que, depurando y abstrayendo la especie sensible, sensiblemente recibida por los sentidos, la hace entrar en la potencia intelectual. Y así todo este mundo tiene entrada en el alma por las puertas de los sentidos, conforme a las tres operaciones mencionadas.¹³⁰

De tal manera, podemos advertir que la *diuiducatio* conduce al alma a contemplar (*speculare*) a Dios de un modo mucho más claro e intenso, porque abstrae toda fuente de cambio en las cosas sensibles, esto es, tiempo, lugar y movimiento. Esto lo podemos comprender porque “(...) sólo lo eterno (Dios o lo que está en él) tiene esas características. Por lo tanto, las leyes mediante las cuales se juzgan (*diuidicantur*) las cosas sensibles son las mismas leyes del arte eterno de Dios”.¹³¹ En este sentido, podemos entender que Dios es contemplado

128. Itin. II, 6.

129. Cfr. Itin. II, 6.

130. Itin. II, 6.

131. R. Zas Friz de Col, *la teología del símbolo*, 30.

en los vestigios de las cosas creadas; es decir, en ellas y por ellas se nos presenta la imagen de Dios.

Ahora bien, el juicio como una facultad de la razón nos permite comprender la aprehensión y la delectación. Lleva a cabo una acción purificadora de lo sensible y transmite este dato de los sentidos a la inteligencia. Se hace una abstracción de las cosas sensibles, de tal manera que puedan ser captadas por la inteligencia en cuanto a la esencia que en las cosas se percibe. Es allí donde el alma encuentra los elementos posibles de conocimiento que le permitan descubrir lo que en las cosas hay de la presencia de Dios; es decir, su vestigio (que se manifiesta en la hermosura, suavidad y salud) impreso en las cosas creadas como expresión de la presencia misma de Dios, puesto que "(...) las mismas ideas que se despiertan en nosotros del contacto con las cosas materiales, no derivan de ellas que son contingentes, sino de la realidad espiritual, inmutable y eterna que es Dios".¹³²

A este punto, nos debe quedar claro que la imagen de Dios, que el alma percibe en el macrocosmos, no depende de lo que las cosas sensibles poseen en sí en cuanto su formación material, sino que estas imágenes percibidas por el alma forman parte de la realidad espiritual que ellas manifiestan del arte eterno, que es Dios. En otras palabras, podemos decir que las cosas sensibles pueden generar un conocimiento inmutable sólo en la medida en que el hombre las relaciona con la presencia divina.

De tal manera comprendemos que un conocimiento intelectual, el que manifiesta el alma como imagen eviterna, implica la presencia y la comprensión de Dios y de las cosas, en la mente del hombre. Es una armonía que se presenta en la triple relación que experimenta el hombre, en el mundo sensible, en la imagen eviterna y en el Ejemplar Eterno.

Es un conocimiento e intelecto que se presenta en el hombre ante su relación con el mundo sensible iluminado por la fe, en una manifestación cognoscitiva en la que la fe asume la razón y la penetra de la luz maravillosa. Por medio de ella, el hombre podrá depurar sus conocimientos sensibles e intelectuales y trasladarse, en la presencia de Cristo (imagen perfecta), al conocimiento del Ejemplar Eterno. Por esta razón, podemos comprender el reconocimiento hecho por el hombre en su contacto con el mundo sensible de su ser imagen del Creador, mediante las tres operaciones mencionadas. Es así como este mundo entra en el alma, procedimiento en el que el hombre se ha reconocido como imagen de Dios.

132 F. Ramondino, *Itinerarium*, 41.

En este proceso de confrontación y de conocimiento que va adquiriendo el hombre, descubrimos que Dios es el gozo fontal, que por lo tanto es la razón de todas las cosas y esto nos lleva a reconocerlo como la luz de la verdad, aquella luz donde todo reluce de modo infalible. Es aquí donde el hombre lo reconoce como Arte Eterno. Estas características o razones que posee el juicio hecho por el hombre sobre las cosas sensibles, exigen la presencia de Dios, puesto que, como lo dice san Buenaventura, en las cosas se percibe lo inmutable, sin límite ni fin y por lo mismo son eternas y todo lo que es eterno es Dios o está en Dios. Esto nos lo presenta el siguiente texto del *Itinerarium*:

(...) si todo cuanto es eterno es Dios o está en Dios; si cuantas cosas ciertamente juzgamos, vuelvo a decir, por esas razones las juzgamos; cosa manifiesta es que Dios viene a resultar la razón de todas las cosas y la regla infalible y la luz de la verdad, luz donde todo lo creado reluce de modo infalible, indeleble, indubitable, irrefragable, incoartable, inapelable, interminable, indivisible e intelectual.¹³³

Es de esta forma como el hombre, mediante las leyes por las que juzga con toda certeza, en las cosas sensibles que llegan a su consideración, experimenta mediante su entendimiento que son infalibles e indubitables. Por lo mismo, deben ser inmutables e incorruptibles como necesarias, puesto que, como nos lo presenta el Doctor Seráfico, estas son características fundamentales en las que descubrimos, en las cosas sensibles, su existencia eternal en el Arte Eterno, pues por ella, mediante ella y según ella, reciben la forma todas las cosas plenamente informadas del Ejemplar Eterno.

Ahora bien, al determinar todos estos elementos y datos que nos aportan las cosas sensibles en el juicio que sobre ellas hacemos, al experimentar la presencia de Dios en ellas y por ellas concluimos, con san Buenaventura, que en el juicio que ejecutamos no podemos obtener mucha certeza, sino es mediante el Arte Eterno, pues ella todo lo produce, todo lo conserva y todo lo distingue, por ser quien posee toda la primacía de la forma, en todas las cosas y como regla que todas las dirige.

Es en esta presencia del Arte Eterno que el alma puede juzgar todo lo que a ella llega por medio de los sentidos. Sin el descubrimiento de esta presencia del Dios Creador sobre las cosas sensibles, nada podría realizar el alma. No encontraría sentido a las cosas si en ellas no percibiera la belleza, la suavidad y la salud que le permiten hacer la aprehensión, la delectación y el juicio. Este juicio, por lo tanto, lo podrá efectuar en la medida en que retiene en su entendimiento esta presencia del vestigio de Dios en las cosas y, como lo hemos dicho, en el mismo ser del hombre mediante el juicio que hace de lo que observa en el macrocosmos.

133. Itin. II, 9.

Esta dimensión e importancia del Arte Eterno en las cosas y por las cosas, en su misión de conducir al Creador, son descritas por san Buenaventura de la siguiente manera:

(...) y por eso ni juzgarse pueden estas con toda certeza, sino por aquella arte eterna, la cual es la forma que no sólo todo lo produce, sino que todo lo conserva y todo lo distingue como ser que tiene la primacía de la forma entre todas las cosas y como regla que todas las dirige y por la que nuestra alma juzga cuanto en ella entra por los sentidos.¹³⁴

Se demuestra en el mismo juicio que el hombre hace en las cosas y por las cosas, el descubrimiento del vestigio de Dios. El hombre, al igual que las cosas sensibles, debe encaminar todos sus sentidos, conocimiento y razón de ser hacia el Arte Eterno. Mediante esta confrontación hecha por el juicio, el hombre observa, como en un espejo, en los vestigios y en sí mismo la expresión de Dios. En ella se reconoce como imagen del Creador en su presencia en el macrocosmos y en el microcosmos.

Para comprender mejor este reconocimiento que el hombre experimenta en sí mismo, debemos retomar las tres operaciones por medio de las cuales el alma se acerca y se dispone al conocimiento de Dios. Aquí hacemos referencia a la memoria, al entendimiento y a la voluntad, pues la memoria revela la eternidad, el entendimiento la verdad y en la voluntad se hace presente la bondad suprema.¹³⁵

Cuando el hombre ha descubierto que Dios es espíritu perfecto, concluirá que tiene memoria, inteligencia y voluntad, que por lo tanto en Dios mismo está el verbo engendrado y el amor espirado que se distinguen mutuamente, ya que se producen el uno del otro por una producción personal. Este es el momento cumbre en el que el hombre tiene clara su dimensión de imagen de Dios, puesto que el alma al reconocerse a sí misma, de sí misma, como por espejo, se eleva a considerar la santa Trinidad del Padre, del verbo y del amor.

Por lo tanto, el hombre se ha reconocido como imagen del Dios Trino, pero "(...) esto no es solamente un proceso cognoscitivo, sino un itinerario de la sabiduría, un adentrarse en la comunión de vida trinitaria, un proceso sacramental, que se realiza en el signo, en el cual Dios comunica la substancia vital".¹³⁶ Si las criaturas, como hemos visto, son un anuncio y representación de Dios, son un itinerarium por medio del cual percibimos la unión perfecta del amor, podemos, entonces, afirmar, que el hombre en su memoria, entendimiento y voluntad es la presencia de este Dios Trino y por consiguiente una representación mucho

134. Itin. II, 9.

135 Cfr. V. Cherubino, *Studi sul pensiero*, 288.

136 C. Del Zotto, *La Teologia dell'Immagine*, 19.

más clara y viva que la que encontramos en las cosas sensibles, ante las que el mismo hombre se halla confrontado.

En el aquí y el ahora de su propia historia, es decir, en el presente de su vida, el hombre experimenta en su propio ser la presencia de la hermosura, suavidad y salubridad manifestadas en la armonía de su cuerpo y de su mente. En su capacidad de amor, en su posibilidad de ser un auténtico hombre pacífico, un hombre que vive en armonía con la creación, consigo mismo, con Dios y con sus hermanos. Allí encuentra su razón de ser reflejo e imagen de Dios.

El hombre es imagen del Padre Creador en su capacidad de recrear, puesto que la obra creada adquiere una nueva dimensión cuando el hombre transforma y plenifica con su trabajo todo cuanto es puesto en sus manos. El campesino que cada día trabaja la tierra y como sembrador, esparce la semilla que produce el sustento. El intelectual, que en los libros busca la semilla de la sabiduría, el científico que con sus descubrimientos busca un mejor estado de vida, el arquitecto que procura una vivienda digna. El hombre de hoy, que en cada una de sus actividades manifiesta la hermosura, la suavidad y la salubridad que proceden de Dios y se proyectan en su trabajo cotidiano.

El hombre es reflejo e imagen del Verbo en su experiencia de vida: es camino, es verdad y es vida, puesto que en su actividad cotidiana no ofrece simplemente el producto de su trabajo, sino que en él se ofrece a sí mismo como edificación personal y santificación de la obra creada, de la cual el mismo hombre es el centro y razón de ser.

Él es imagen y reflejo del Espíritu, mediante el amor que posee y manifiesta en su labor cotidiana como constructor de fe, esperanza y caridad. De tal manera que su obra fundamental es la construcción de un futuro mejor y más digno para sí mismo y para la humanidad. De esta forma se expresa lo que en el hombre hay de hermoso, suave y saludable, dando a conocer lo que él ha recibido al ser creado a imagen y semejanza de Dios. Es por tanto, Dios quien proyecta en el hombre su obra creadora como manifestación del sumo bien.

Corolario

La aprehensión, la delectación y el juicio, actividades del alma en cuanto imagen de Dios, no sólo le permiten al hombre comprender lo que en las cosas sensibles puede percibir de la presencia del Dios Creador, sino también encontrar, en sí mismo, los elementos fundamentales que lo conducen, como de la mano, al conocimiento del Dios Creador en lo que en el mismo hombre hay de hermoso, suave y saludable. El hombre alcanza tal comprensión y conocimiento mediante su memoria, entendimiento y voluntad, expresiones claras y precisas de Dios: Padre, Verbo, Amor.

Fundamental ha sido el ingreso del macrocosmos (como mundo mayor) en el microcosmos (mundo menor) que es el hombre, puesto que no sólo le sirve para aprehender, deleitarse y juzgar el mundo en el cual se halla inmerso y en el cual, como por espejo, reconoce la obra creadora de Dios, sino que al mismo tiempo ha descubierto su lugar en el centro de la creación, como razón de ser de la misma y como imagen del Dios Trino.

El hombre posee cinco sentidos como cinco puertas, por las cuales hace su ingreso el macrocosmos. Por ellas entra en el alma el conocimiento de todas las cosas que hay en el mundo sensible.

En el momento en que el hombre percibe la acción del motor espiritual que da movimiento al cuerpo material, experimenta la presencia del Ejemplar Eterno en las cosas sensibles. Es decir, recibe el dato que las cosas le manifiestan del Dios invisible que poco a poco se va haciendo visible mediante su presencia en el mundo temporal o material ante el cual el hombre se halla relacionado en una forma directa. Es aquí cuando descubrimos que el Ejemplar Eterno le manifiesta a la imagen eviterna su presencia en las cosas creadas.

En la delectación hecha por el alma, el hombre ha requerido una mirada espiritual que le ha permitido ver lo esencial en la obra creada. Esto es, ha visto al Dios Trino que se le presenta como origen, como presente y como aquel que todo lo trasciende. Esto se da mediante la belleza, suavidad y salud percibidas en las cosas, en sí mismo y en su Creador.

El juicio se le presenta al hombre como una facultad de la razón y por este medio comprende la aprehensión y la delectación. Puede ejecutar una acción purificadora del mundo sensible y mediante dicha purificación el alma encuentra los elementos posibles del conocimiento, que le permite descubrir lo que en las cosas hay de la presencia de Dios.

Después de que el hombre ha experimentado la purificación de los datos que recibe del mundo sensible, le queda un paso por dar y es el reconocimiento que el hombre hace como imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, según el *Itinerarium mentis in Deum*, argumento del siguiente capítulo.



San Francisco de Asís, por Cimabue

El hombre imagen de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo

Hemos llegado a la conclusión, en el análisis del segundo capítulo de nuestro trabajo, de que el alma tiene tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad, expresiones de Dios que es Padre, Verbo y Amor; es decir, del Dios Trino. Damos este paso atrás para avanzar en nuestra presentación del hombre como imagen de Dios, puesto que el Doctor Seráfico nos dice que para poder ver a Dios, el hombre necesita considerar las operaciones de estas tres potencias.

El reconocimiento de estas potencias es apenas una tenue luz que le manifiesta los primeros indicios del Dios Uno y Trino. ¿Qué le falta al hombre para avanzar en su reconocimiento como imagen de Dios? ¿No es suficiente para el hombre el camino recorrido hasta el momento?

Las respuestas a estos interrogantes que se nos plantean en este momento de nuestro análisis, se nos facilitan en la medida en que el Doctor Seráfico nos presenta el reconocimiento del hombre como imagen de Dios Padre, Verbo y Amor. En un primer momento debemos reconocer que no es suficiente para el hombre la experiencia de encuentro con el mundo sensible y consigo mismo. Al hombre le hace falta contemplar el primer principio quedándose en sí mismo.

Para contemplar al primer principio y llegar a un encuentro más íntimo con el Dios trino, el Doctor Seráfico nos presenta un instrumento necesario para el hombre en su reconocimiento como imagen del Creador. Este es, la Sagrada Escritura.

La Sagrada Escritura como medio de reconocimiento de la presencia trinitaria de Dios en el hombre

Es conveniente que la imagen del alma se revista de las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad, para de esta forma quedar purificada, iluminada y perfeccionada. Es así como la imagen se reforma y queda hecha conforme a la Jerusalén celestial: “Aquella Jerusalén que está arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros”.¹³⁷ En la medida en que el alma se revista con las tres virtudes mencionadas, quedará dispuesta para experimentar los excesos mentales y esto lo podrá realizar mediante las tres exclamaciones que se presentan en el *Cantar de los Cantares*, esto es: la devoción, la cual hace al alma como una columna de humo, formada de perfumes de mirra e incienso;¹³⁸ la admiración, que hace al alma como la aurora, la luna y el sol;¹³⁹ la exultación, la cual hace al alma rebosar de gozo apoyada en su amado.¹⁴⁰

Habiendo hecho este proceso de purificación, de iluminación y de perfección, el alma se hace jerárquica y por lo tanto podrá subir y se conformará con la Jerusalén celestial “donde nadie entra sin que ella misma descienda primero al corazón por la gracia”, como lo vio san Juan en el *Apocalipsis*.¹⁴¹ De esta manera, el alma ha entrado en sí misma y al entrar en sí misma ha entrado en la Jerusalén de arriba y allí considera los órdenes de los ángeles, y en ellos ve a Dios que obra todo en todos, siente su presencia purificadora, experimenta lo que en Él hay de bueno y por lo tanto estará en condiciones de experimentar las delectaciones de los sentidos espirituales.¹⁴²

Para llegar a entender claramente este encuentro de la imagen eviterna con el Ejemplar Eterno como encuentro purificador, nos dice san Buenaventura que es fundamental la consideración de la Sagrada Escritura divinamente inspirada, puesto que ella trata principalmente de las obras de la reparación, pues nos habla de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes que reforman el alma. Así lo presenta el Doctor Seráfico:

Para este grado de especulación sirve especial y preferentemente la consideración de la Sagrada Escritura, divinamente inspirada, así como para el grado anterior sirve la filosofía. Y es que la Sagrada Escritura versa principalmente acerca de las obras de la reparación. De ahí es que trata, ante todo, de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes que tienen que reformar al alma,

137. Gal 4, 26.

138. Cant 3, 6.

139. Cant 6, 9.

140. Cant 8, 5. Cfr. Itin. IV, 3.

141. Ap 21, 2.

142. Cfr. Itin. IV, 4.

y especialmente de la caridad. De ella dice el Apóstol que es el fin de los preceptos, en cuanto viene de corazón puro, conciencia recta y fe sincera.¹⁴³

San Buenaventura hace énfasis en la revelación de la Escritura en la cual resalta la caridad como la virtud más importante. De ella dice el apóstol que es el fin del mandato cuando procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera.¹⁴⁴ De la misma manera afirma que la caridad es la ley en su plenitud.¹⁴⁵ Por su parte, el mismo Jesucristo asegura que toda la ley y los profetas se resumen en dos preceptos: el amor a Dios y el amor al prójimo.¹⁴⁶ Estos preceptos son manifestados en Jesucristo, quien es al mismo tiempo Dios y prójimo, Señor y hermano, rey y amigo, Verbo increado y encarnado, nuestro formador y reformador, de la misma forma se nos presenta como alfa y omega.¹⁴⁷

De tal manera que la Sagrada Escritura se nos presenta como un instrumento clave en el descubrimiento que hace el hombre como imagen eviterna de la Ejemplar Eterno que es Dios, Padre, Verbo y Amor. Aquí encontramos el medio eficaz y seguro donde podemos comprender la forma como el hombre, entrando en sí mismo, se reconoce como imagen del Dios Uno y Trino, ya que “(…) para san Buenaventura la Escritura se origina en la revelación divina que descende del Padre al igual que Cristo, quien envía al Espíritu Santo para dar la fe por la que habita en los corazones”.¹⁴⁸

De tal suerte que de un jerarca –Cristo– y de una jerarquía eclesiástica nos habla la Sagrada Escritura, la cual le enseña al hombre cómo encontrar la pureza, la iluminación y la perfección, mediante una triple ley, a saber: la ley de la naturaleza, la de la Escritura y la de la gracia. Y además, por medio de las tres partes principales que componen la Sagrada Escritura: una purificante, que es la ley mosaica; otra iluminante, es decir, la revelación profética y una tercera perfeccionante: la doctrina evangélica.¹⁴⁹ El alma queda iluminada por todas estas luces y es habitada por la divina sabiduría como casa de Dios Uno y Trino; como hija, esposa y amiga del Padre; como miembro, hermana y coheredera de Cristo, su cabeza; y templo del Espíritu Santo el cual se encuentra fundado por la fe, levantado por la esperanza y consagrado a Dios por la santidad.¹⁵⁰

San Buenaventura nos presenta una clara definición de lo que es la Sagrada Escritura. Nos dice que toda la Escritura es boca de Dios, palabra de Dios, pluma de Dios, libro escrito por fuera y por dentro, boca del Padre, verbo del

143. Itin. IV, 5.

144. Cfr. 1Tim 1, 5.

145. Cfr. Rom 13, 10.

146. Cfr. Mt 22, 40.

147. Cfr. Itin. IV, 5.

148. R. Zas Friz de Col, *La teología del símbolo*, 35.

149. Cfr. Itin. IV, 6.

150. Cfr. Itin. IV, 8.

Hijo, escritura del Espíritu Santo. Nos dice también, que el Padre habla por su Verbo, pero quien fija esta palabra por escrito y la entrega a la memoria es la pluma del Espíritu Santo.¹⁵¹ Por lo tanto, descubrimos, con la iluminación de las palabras del Doctor Seráfico, que

(...) esta es la primera misión de la Escritura: reparar la revelación natural de la Trinidad haciendo inteligible la creación. Pero más allá de esta tiene otra radicalmente nueva: en la Escritura nos habla Dios mismo, nos entrega su propia palabra, que hecha visible y oíble en un momento concreto del tiempo y del espacio, quiere seguir siendo legible y oíble para todas las generaciones.¹⁵²

A este punto de nuestro análisis al que hemos llegado con san Buenaventura, de la presencia trinitaria de Dios en el hombre por medio de la Sagrada Escritura y de la fe, nos corresponde ahora detenernos en el descubrimiento que el hombre hace de su propia imagen como imagen del Padre, del Verbo y del Amor.

El hombre imagen del Padre

El hombre es imagen y semejanza de Dios. Esta afirmación nos ha quedado clara mediante el análisis que hemos hecho hasta el momento en el desarrollo de nuestro trabajo en sus dos primeros capítulos. El hombre ha entrado en sí mismo y se ha reconocido como imagen de Dios por medio de su memoria. En ella se le ha revelado la imagen de la Trinidad, cuyo invisible presente se extiende por todos los tiempos y esto a propósito de la iluminación percibida por aquella luz inmutable. Ahora, nosotros nos dejamos iluminar por el Doctor Seráfico para tratar de comprender cómo es que el hombre se reconoce a sí mismo como imagen del Padre y la capacidad que posee de la participación de Dios en su misma vida en cuanto imagen. El texto del *Itinerarium* que presentamos a continuación, nos abre la puerta a este primer intento de análisis: “Y en verdad, la operación de la memoria es retener y representar no sólo las cosas presentes, corporales y temporales, sino también las sucesivas, simples y sempiternas”.¹⁵³

Es por tanto, en la memoria, la cual se halla plenamente iluminada por Dios, que el hombre descubre su imagen y semejanza, en ella descubre al Padre de las luces que se hace presente en él mismo. De tal manera que si el hombre –tal como lo presenta Gen 1,26– fue creado a imagen y semejanza de Dios, porta en sí mismo una participación del Creador. El hombre es, primaria y constitutivamente, imagen de Dios y está en Dios. “Es esta una relación de dependencia absoluta, puesto que toda imagen recaba su propia consistencia y su razón de ser del original que produce”.¹⁵⁴ Pero debemos considerar que esta relación de

151. Cfr. Hex. XII, 7.

152. O. González, *Misterio trinitario*, 49-50.

153. Itin. III, 2.

154. J. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental* (Bilbao 1988) 45.

dependencia no es una degradación del hombre, sino que, por el contrario, constituye el fundamento de su dignidad, pues el hombre es, en cuanto imagen de Dios, señor de la creación y por tanto, superior al resto de las criaturas y responsable de su gobierno. La dependencia de Dios lo libera de cualquier otra. No depende de nadie ni de nada más, ni siquiera de otro hombre.

Es importante resaltar que en esta visión antropológica del hombre como imagen de Dios, existe también una relación recíproca. No solamente se plantea o se presenta al hombre en referencia a Dios, sino que también es Dios, quien en este acto creador, se autorremite al hombre. En otras palabras, Dios ha querido reflejarse en el hombre como en un espejo. Debemos subrayar también que en el relato de la creación se nos dice que los demás seres vivos son creados “según su especie”.¹⁵⁵ Solamente el hombre es creado “según la imagen de Dios”. Lo que se trata de insinuar en esta visión del hombre como imagen de Dios, es que el hombre puede ser la presencia reveladora de la gloria de Dios que vendría a ser como la manifestación del amor de Dios en el hombre.

Esta antropología de la imagen de Dios se distingue por su carácter cristológico, pues en Cristo, el hombre halla su dimensión de imagen perfecta del Padre. Esta relación recíproca de Dios-hombre, nos conduce a descubrir el papel fundamental del hombre en cuanto imagen eviterna y su función ordenadora en medio de la creación ante la cual reconoce su superioridad, puesto que

(...) situado en la intersección del arriba del Creador y el debajo de la creación, Adán participa, paradójicamente, de la doble condición inferior-superior; siendo casi como Dios, su tú, es a la vez solidario de las criaturas, que en él obtienen su capitalidad.¹⁵⁶

Hemos tratado de fundamentar, en pocas palabras, la visión antropológica del hombre como imagen de Dios basados en el texto del libro del Génesis 1,26. Veamos ahora la presentación que nos hace san Buenaventura del hombre como imagen de Dios en el *Itinerarium*, en el cual se resalta fundamentalmente los grados o modos de Dios Padre como “Aquel que Es” y como “Sumo Bien”, ya que esto es “contemplar a Dios no sólo fuera y dentro de nosotros sino también sobre nosotros”.¹⁵⁷

Nos dice el Doctor Seráfico que el primero de estos grados nos lleva a fijar nuestra mirada sobre el Ser mismo donde descubrimos que, “Aquel que Es”, es el nombre propio de Dios. En el segundo grado, debemos concentrarnos en el Bien, reconociéndolo como el primer nombre de Dios.

155. Cfr. Gen 1,21.24.25.

156. J. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios*, 45.

157. *Itin.* V, 1.

El primer grado halla su referencia particular en el Antiguo Testamento, en el cual se proclama la unidad de la esencia divina tal como se presenta el mismo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”.¹⁵⁸ El segundo grado encuentra su referencia en el Nuevo Testamento, en el cual, a diferencia del primero, distingue la pluralidad de las personas en el sentido de que se manda bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.¹⁵⁹

Es en este sentido como podemos entender las palabras de Jesucristo al joven que se presentaba como cumplidor de la ley y reservaba el nombre de bueno sólo a Dios. Le dice: “Nadie es bueno sino sólo Dios”.¹⁶⁰ San Buenaventura desarrolla esta presentación de los dos grados de contemplar las perfecciones divinas, en el siguiente texto:

El primer modo, primera y principalmente, fija el aspecto del alma en el ser, dando a conocer que el que es el primer nombre de Dios. El segundo modo fija el aspecto del alma en el bien, dando a conocer que el bien es el primer nombre de Dios. El primer nombre –el ser– se refiere especialmente al Antiguo Testamento, que predica, ante todo, la unidad de la divina esencia, por lo cual se dijo a Moisés: yo soy el que soy. El segundo nombre –el bien– hace referencia al Nuevo Testamento, el cual determina la pluralidad de personas, bautizando en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Por eso nuestro Maestro, Cristo, queriendo elevar a la perfección evangélica al joven observador de la ley, de modo principal y preciso atribuye a Dios el nombre de bondad: Nadie es bueno, dijo, sino sólo Dios.¹⁶¹

Al detenernos en la presentación de Dios Padre como el Ser; “Aquel que Es”, descubrimos que, en este contexto, no se trata de expresar el concepto del ser en cuanto tal, sino de descubrir en “Aquel que Es” la luz para nuestros ojos acostumbrados a realidades particulares. En este sentido Dios se presenta totalmente real, tan cercano al hombre, haciendo parte de su propia vida que es imposible concebirlo como no existente.¹⁶²

De tal manera que si el hombre quiere contemplar las perfecciones invisibles de Dios, debe fijar su mirada sobre el mismo Ser que se le presenta como Ser divino existente sobre el mundo y sobre el mismo hombre, en cuanto es el Creador de todo cuanto existe. Es el momento oportuno para que el hombre reciba la iluminación de su mente y su entendimiento para trascender en la contemplación de Dios como Padre, principio en cuanto de él todo procede y todo existe, puesto que, “(...) el Padre es el principio del que todo procede (el

158. Ex 3,14.

159. Cfr. Mt 28,19.

160. Lc 18,19.

161. Itin. V, 2.

162. Cfr. V. Cherubino, *Studi sul pensiero*, 292.

Hijo y el Espíritu Santo en unidad de esencia y comunidad de vida; por ellos y desde ellos hace brotar las criaturas) y al que todo retorna”.¹⁶³

Es un proceso de discernimiento en el cual el hombre debe reconocer a Dios como “Padre de las luces”. Tal es la invitación que nos hace el apóstol Santiago: “No os engaños, hermanos míos queridos. Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambios ni sombras de rotaciones”.¹⁶⁴

Ante esta manifestación como presencia de Dios en el hombre, por medio de la cual, se da a conocer como Padre y ante la cual el hombre asciende en su contemplación y admiración, san Buenaventura nos llama la atención en lo referente a “la ceguera” del entendimiento que para él resulta extraña, puesto que el hombre debería considerar lo que ve primero y sin lo cual no puede conocer nada más. Esta situación se presenta en el entendimiento del hombre en cuanto se distrae, en su contacto con el mundo, en las cosas pasajeras.

El entendimiento del hombre es igual –nos dice el Doctor Seráfico– al ojo humano que, atraído por la variedad de colores, no se da cuenta de la luz por medio de la cual percibe todas las demás cosas. A pesar de que ve esta luz no la advierte, puesto que todo su interés está dirigido hacia las cosas que distraen su atención. De la misma manera, el ojo de la mente se encuentra dirigido hacia los seres particulares y por esta razón no percibe aquel Ser que trasciende todo género, a pesar de ser el primero que se le presenta a la mente y que por medio suyo conoce todas las cosas.

Una última comparación se nos presenta con relación a esta ceguera que manifiesta el entendimiento: de la misma forma que los ojos de los murciélagos parecen ineptos para la luz del día, así parece serlo la inteligencia del hombre con relación a las cosas que por naturaleza se manifiestan con la más cegadora evidencia, puesto que, acostumbrado a las tinieblas de los seres creados y a las imágenes sensibles, le parece no ver nada cuando contempla el esplendor del Ser sumo. El hombre no comprende que esa misma oscuridad es en realidad, la más alta iluminación de su mente, de la misma forma que cuando el ojo se abre a la luz pura le parece no ver nada.¹⁶⁵

Este *itinerarium* en el reconocimiento del hombre como imagen de Dios, en su primer momento requiere ejercitarse en las tres maneras de ver las cosas y que forman parte de la capacidad de conocimiento del alma, esto es, su sensualidad, en cuanto el alma se relaciona con las cosas exteriores y corporales; su espíritu, que hace relación a la manera de dirigirse hacia sí mismo y considera las cosas

163. O. González, *Misterio trinitario*, 507.

164. St 1,16-17.

165. Cfr. Itin. V, 4.

interiores; y su mente, en la medida en que mira al primer principio el cual se halla sobre el hombre mismo.

De tal manera que al hombre no le queda otra posibilidad que considerar al Ser purísimo para comprender que es imposible considerarlo como derivado de otro. Esto quiere decir que sólo podrá pensarlo como absolutamente primero, pues no puede provenir de la nada ni de otro ser. Esta conclusión nos la presenta san Buenaventura en el siguiente texto:

Mira, pues, con atención aquel purísimo ser, si lo puedes, y se te ofrecerá que aquel ser no puede concebirse como ser recibido de otro ser; y, por lo mismo, lo concebirás como omnímodamente primero, pues no es posible venga de la nada ni de otro ser.¹⁶⁶

Al reconocer a “Aquel que Es” como absolutamente primero, se presenta como conclusión lógica que es libre y además Eterno, puesto que no hay en él ni principio ni fin, de tal forma que es puro, simple y absoluto; luego, es sumamente uno: “Escucha, pues, Israel: nuestro Dios es el Único”¹⁶⁷. Pero para comprender todo esto, el hombre debe ver esta realidad de “Aquel que Es” con la pura simplicidad de la mente, siendo iluminado de algún modo por los esplendores de la luz Eterna.¹⁶⁸

A este punto el hombre ha experimentado la presencia de Dios Padre, que por ser primero, todo lo ha creado y por consiguiente es necesario que sea el fin último: el principio y el término, el alfa y la omega.¹⁶⁹ Además, es totalmente presente por ser Eterno, no tiene ni pasado ni futuro, esto es, solo presente.¹⁷⁰

Al hombre se le facilita considerar toda esta simplicidad de la realidad de Dios Padre en la manera como se le presenta a Moisés: “Soy el que Soy”, porque él no solamente es inteligencia, sino también afectividad y emotividad, las cuales posibilitan una mayor riqueza en la experiencia de encuentro con el Dios Padre, que es Trino y Uno, que ha creado el universo mundo, que ha puesto al hombre al centro de la creación, manifestándole su superioridad al crearlo a su imagen y semejanza.

Por lo tanto, para comprender esta realidad de Dios como Padre, Uno en su esencia, no es suficiente la capacidad intelectual, sino que es necesario que esta vaya ligada a la simplicidad del hombre que manifiesta su asombro ante la realidad de la obra creada por Dios y ante su presencia de encuentro, en el que se descubre a sí mismo como imagen en la medida en que va comprendiendo la

166. Itin. V, 5.

167. Dt 6,4.

168. Cfr. Itin. V, 6.

169. Cfr. Ap 1,8.

170. Cfr. Itin. V, 7.

presencia de Dios en el presente de su propia vida.¹⁷¹ El hombre podrá, entonces, concluir con san Pablo: “Por él, de él y para él son todas las cosas”,¹⁷² ya que es omnipotente, omnisciente y absolutamente bueno y además descubrirá que en una perfecta contemplación consiste el ser bienaventurado, de la misma forma como le anunció a Moisés: “Haré pasar ante tu vista toda mi bondad”.¹⁷³

Llegamos de esta manera al segundo modo o grado, a saber, el reconocimiento de Dios Padre como Sumo Bien, el cual se nos presenta como el primer nombre de Dios y que halla su referencia en el Nuevo Testamento: “Nadie es Bueno sino sólo Dios”.¹⁷⁴ Estas palabras expresan la bondad dirigida única y exclusivamente a Dios. Dan a entender no solamente que Dios Padre es el único bueno, sino además que cualquier bondad que el hombre experimente en su vida cotidiana, procede del Padre.

Es aquí que guiados por el Doctor Seráfico, comenzamos a entender que Dios Padre, el “Sumo Bien”, expresa su bondad a partir de su perfección, puesto que “(...) el sumo bien es de tal manera perfecto que no se puede pensar nada mejor y es imposible concebirlo como no existente”,¹⁷⁵ y esto nos lleva a concebir la idea del Dios Trino y Uno, ya que el bien es difusivo por sí mismo. Es en esta contemplación de Dios como Trino que el hombre entiende en primer lugar, su razón de ser Padre en Jesucristo, y en segundo lugar, la manifestación de su bondad recibida por el hombre en una forma clara en Jesucristo y en la presencia del Espíritu Santo como manifestación del amor del Padre y del Hijo. El siguiente texto ilustra la idea que queremos expresar:

Pero la difusión no puede ser suma, no siendo a la vez actual e intrínseca, substancial e hipostática, natural y voluntaria, liberal y necesaria, indeficiente y perfecta. Por lo tanto, de no existir una producción actual y consubstancial, con duración eterna, en el sumo bien, y además una persona tan noble como la persona que la produce a modo de generación y de espiración, modo que es del principio eterno que eternamente está principiando sus términos principados, de suerte que haya amado y un coamado, un engendrado y un espirado, a saber: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.¹⁷⁶

De tal manera que en el Sumo Bien hay eternamente una producción actual y consustancial y una persona igualmente noble, aquí se descubre una íntima relación entre el amado y el coamado, el generado y el espirado; esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Así se hace presente al hombre el Dios Padre como Sumo Bien que se difunde en modo sumo.

171. Cfr. V. Cherubino, *Studi sul pensiero*, 293.

172. Rm 11,35.

173. Ex 33,19. Cfr. Itin. V, 8.

174. Lc 18,19.

175. Itin. VI, 2.

176. Itin. VI, 2.

En esta experiencia de encuentro del hombre con el Dios Uno, que es Sumo Bien y que es Trino en cuanto Padre, Hijo y Espíritu Santo, podríamos hacer una interpretación netamente intelectual, en la que las palabras manifiestan un simple raciocinio. Pero la intención que encontramos en san Buenaventura es la de conducirnos a una profunda experiencia religiosa que reviste toda la persona que advierte la más profunda emoción al encontrarse de frente al misterio de Dios Unidad, Trinidad y bondad.¹⁷⁷

Esta experiencia religiosa que debe experimentar el hombre en su encuentro con Dios Padre, debe trascender los límites de la razón y la inteligencia en el sentido de que jamás el raciocinio le permitirá comprender la unidad, la Trinidad y la bondad de Dios. Es mediante su fe y su contemplación, en cuanto dimensión espiritual de su ser, como al hombre le será apropiado el reconocimiento de esta triple dimensión de su Dios Creador que ha plasmado su huella en el ser y la bondad del hombre.

Por tanto, la conclusión o el lugar a donde nos conduce toda esta experiencia del encuentro Dios-hombre, es a descubrir en el ser y la bondad del hombre, su imagen de Dios que se le manifiesta como “Aquel que Es” y como “Sumo Bien”.

Ahora bien, para que el hombre sea llamado imagen, según el Doctor Seráfico, son necesarias tres condiciones:

1. Que se asemeje a aquel que representa.
2. Que lo imite o que lo exprese.
3. Que se relacione con aquel de quien es la imagen, como al prototipo realmente distinto de él.

De tal manera que el hombre experimentará, en su propio ser, la imagen de Dios Padre, que debe ser expresada no tanto con un discurso intelectual, sino con su propia vida en relación con Dios y en el encuentro con los otros. Ser semejanza de Dios es manifestar, en su propia experiencia de vida, la bondad recibida de Dios, puesto que como el hombre es imagen del amor del Padre, manifestado en el acto de la creación, lleva consigo la presencia del bien expresado y manifestado por el Creador. Aquí se funda el sentido de la imitación y la expresión del Dios Padre del cual porta la imagen.

Esto nos da a entender que cuando en el hombre no se cumple esta segunda condición, no existe en él la imagen. No podría afirmarse que el hombre es imagen de Dios si en él no se encuentra la expresión de Dios, esto es, si lo que procede del hombre no es el bien como su razón de ser imagen de “Aquel que

177. Cfr. V. Cherubino, *Studi sul pensiero*, 295.

Es”, no se puede afirmar que sea imagen del “Sumo Bien”, no puede ser imagen de la luz quien vive en la oscuridad.¹⁷⁸

Por tanto, la imagen supone una imitación, pues en ella debe representarse el modelo con el cual está relacionado. Estar en continua relación con el Padre de quien porta la imagen, relación de encuentro con el prototipo, en el cual halla su razón de ser, del cual recibe la iluminación, ante el cual descubre su diferencia como la del Creador y la criatura. “Yo soy el que soy” será la manifestación del hombre, en cuanto imagen y semejanza de Dios Padre, cuando su vida sea una representación del “Sumo Bien” como donación personal hacia el mundo que lo rodea, puesto que es un ser con la capacidad de amor, de entrega y de comunicación de todo lo que en sí porta de la imagen que representa.

El hombre imagen del Verbo

En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.¹⁷⁹

Tomamos este texto del prólogo del Evangelio de Juan, porque en él se nos presenta claramente la presencia del Verbo de Dios, haciendo eco del relato del Génesis en lo relacionado con la creación, en la cual se presenta el Verbo como aquel que crea junto con el Padre. Nos faltaría hacer mención del versículo 14, donde Juan concluye: “Y la Palabra se hizo carne”. Esto es, asumiendo plenamente la condición humana. De la misma forma, san Juan nos dice: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos”;¹⁸⁰ es decir, el hombre queda sumergido en el misterio de Dios Padre.

Al concepto de la imagen del Padre, Juan le da un giro y presenta el de Gloria: “Y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único lleno de gracia y de verdad”.¹⁸¹ Es esta una breve reseña bíblica de la presentación de Cristo como Verbo del Padre, presente desde el mismo instante de la creación y que participa de su gloria como Hijo único en la proyección del amor de Dios.

De la misma manera, san Buenaventura se sirve del texto del evangelio de Juan 1,14 para presentarnos a Cristo como “Verbo encarnado”, el cual “lleno de gracia y de verdad” ha realizado sobre el hombre su gracia y su verdad. Una

178. Cfr. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo*, 79-80.

179. Jn 1,1-5.

180. 1Jn 1,1.

181. Jn 1,14. Cfr. *L'uomo immagine somigliante di Dio*, a cura di A. G. Hamman. Traduzione dei testi di G. Pini (Milano 1991) 16.

gracia íntimamente unida a la caridad, la cual “procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera”.¹⁸² El objetivo de la gracia de la caridad, que procede de Jesucristo, según nos lo presenta el Doctor Seráfico, consiste en rectificar el alma; además de esto el mismo Cristo enseña la ciencia de la verdad. En el texto siguiente, se nos presenta esta idea central:

Todo lo cual se consigue por Jesucristo, quien ha sido constituido por Dios para nosotros por sabiduría y justicia y santificación y redención. Quien, siendo la virtud y sabiduría de Dios, y siendo asimismo el Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad, comunicó la gracia y la verdad: infundió en efecto, la gracia de la caridad, la cual, por cuanto es de corazón puro, la conciencia buena y de fe no fingida, rectifica toda el alma, según sus tres aspectos sobredichos; y enseñó la ciencia de la verdad conforme a los tres modos de teología: «simbólica, propia y mística», para que por la simbólica usemos bien de las cosas sensibles; por la propia, de las cosas inteligibles, y por la mística seamos arrebatados a los excesos supermentales.¹⁸³

De esta forma, el hombre hace un encuentro con Jesucristo en cuanto Verbo encarnado, que en este primer momento se le ofrece como la imagen del Padre y le brinda la gracia, en la que el hombre tiene la posibilidad de rectificar su alma en la medida en que descubra que ella ha perdido su razón de ser imagen. En Jesucristo el hombre encuentra la verdad, esto es, la imagen perfecta del Padre que se expresa a sí mismo en la Palabra, puesto que

(...) el Hijo es la única palabra de Dios infinitamente expresiva y agotadora de todas las posibilidades imitativas del Padre; en Él se dice a sí mismo, y decirse a sí mismo es a la vez decir todos los modos posibles de ser participado al exterior.¹⁸⁴

En esta presencia del Verbo-Hijo, el hombre descubre su origen común en la fuente paterna, en la cual el Hijo es la imagen perfecta. Por consiguiente, el hombre debe vivir este encuentro con el Verbo-Hijo, imagen perfecta, ya que es de corazón puro, conciencia buena y fe no fingida. He aquí tres aspectos fundamentales de Cristo y ante los cuales el hombre debe confrontar su ser imagen del Verbo encarnado.

De tal forma que el hombre descubre que no le basta la luz que recibe de la naturaleza, ni es suficiente la ciencia que pueda adquirir para acercarse al encuentro pleno con Dios. Para este encuentro con su propia imagen, el hombre debe entrar en sí mismo y para entrar en sí mismo se le presenta una puerta por la cual puede entrar y salir. Esta puerta es el mismo Cristo quien le dice: “Yo soy la puerta, si uno entra por mí estará salvo; entrará y saldrá y encontrará

182. 1Tim 1,5.

183. Itin. I, 7.

184. O. González, *Misterio trinitario*, 520.

pasto".¹⁸⁵ Pero el hombre no podrá acercarse a esta puerta si no cree y espera en Jesucristo y si no lo ama sinceramente. Por tal motivo, si el hombre quiere gozar de la verdad debe acercarse a la puerta por medio de la fe, la esperanza y la caridad de aquel que se ha convertido en el mediador entre Dios y el hombre: Jesucristo. De esta forma nos lo presenta san Buenaventura, en el siguiente texto:

De aquí es que, por muy iluminado que uno esté por la luz de la razón natural y de la ciencia adquirida, no puede entrar en sí para gozarse en el Señor si no es por medio de Cristo, quien dice: Yo soy la puerta. El que por mí entrare, se salvará, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. Mas a esta puerta no nos acercamos sino creyéndole, esperándole y amándole. Por lo tanto, si queremos entrar de nuevo en la fruición de la Verdad, como en otro paraíso, es necesario que ingresemos mediante la fe, esperanza y caridad del mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, quien viene a ser árbol de la vida plantado en medio del paraíso.¹⁸⁶

Fe, esperanza y caridad, las tres virtudes teologales, las presenta el Doctor Seráfico como una manera de revestir el alma para purificarse, iluminarse y perfeccionarse, con el objetivo fundamental de reformar la imagen que el hombre porta en sí del Verbo-Hijo. De tal manera que cuando el alma cree, espera y ama a Jesucristo, experimenta en su presencia "el camino, la verdad y la vida".¹⁸⁷

He aquí la razón de ser del encuentro con el Verbo-Hijo: iluminar sus sentidos no ya, corporales sino espirituales. El hombre recobra la vista y el oído: el oído para percibir la palabra que es Cristo y la vista para contemplar los rayos de su luz y esto es posible mediante la fe manifestada en el mismo Jesucristo. Por medio de la esperanza que se manifiesta en su deseo y en su afecto, recobra el sentido del olfato y al acoger con amor la palabra encarnada recobra el gusto. En otras palabras, es experimentar la presencia del Verbo-Hijo que reviste todo su ser para hacerlo partícipe de la imagen perfecta del Padre, ante la cual se presenta Cristo como el mediador, el camino, la verdad y la vida.¹⁸⁸

San Buenaventura nos presenta los sentidos espirituales en el contexto de la gracia, la cual permite al hombre reformar la imagen de Dios que se ha deformado en el pecado. De esta manera, el alma purificada, iluminada y perfeccionada, encuentra la posibilidad de contemplar a Dios dentro de sí misma. Por Cristo, con Cristo y en Cristo, el hombre reaviva la similitud divina en su propio ser, las potencias del alma se revelan plenas de aquella luz que recibe de lo alto como lugar de habitación de Dios. Esta transformación de la imagen de Dios

185. Jn 10,9.

186. Itin. IV, 2.

187. Jn 14,16.

188. Cfr. Itin. IV, 3.

en el hombre, es el fruto de las tres virtudes teologales presentes en sí mismo y los sentidos espirituales son la expresión maravillosa de esta transformación.¹⁸⁹

De tal manera que el hombre viene a ser imagen del Verbo por una razón específica y es aquella que proviene de su impulso final. La bienaventuranza que el hombre desea y busca ardientemente, aquella que desea lograr en su encuentro con Jesucristo, consiste en la tensión dinámica del hombre mismo hacia su modelo a quien busca asemejarse. Puesto que el hombre es sólo un proyecto del Ejemplar divino, debe siempre mirar al Verbo para realizar su vocación de hijo de Dios. En la contemplación del Verbo-Hijo, el hombre siente la identidad a la que él aspira: ser un todo con su creador, ya que ser creado a imagen es la orientación final del hombre.¹⁹⁰

Ahora bien, la imagen como signo expresivo es necesaria para que el Verbo pueda comunicar el mensaje que proviene del Padre y orientarlo como un don personal al alma de quien lo acoge. De tal suerte que entre el Verbo-Hijo y el hombre, se debe establecer un diálogo de amor que implica una participación y aceptación de la imagen perfecta de Dios. Jesucristo es la palabra encarnada que porta en sí la luz divina del Padre, que es la vida, repleta de una realidad de gracia purificante y transformante, por lo cual es imagen perfecta. La palabra del hombre, al contrario, se puede sólo escuchar. No es transparente, es un simple eco, es una narración, una explicación. La palabra divina es una realidad definitiva. En esta relación y diferenciación entre la palabra divina y la palabra humana descubrimos la razón por la cual el hombre necesita acoger la Palabra como parte de sí mismo, como proyección de encuentro con el Padre que se manifiesta en el Hijo y que por este medio conduce al hombre a descubrir su ser como imagen.¹⁹¹

El diálogo establecido entre el Verbo-Hijo y el hombre, se transforma en una comunicación, en la palabra y en los signos, por medio de los cuales se comunica la visión del corazón y el amor que se realiza en la unión del Verbo con el hombre. En este Verbo, el hombre descubre la palabra que es acción salvífica y necesita ser acogida en el corazón del hombre para transformarse en vida. Es de esta manera como el hombre entiende que en los signos que él transmite y en sus palabras se comunica su ser de imagen del Verbo.

Por tanto, el Verbo encarnado transmite cada palabra que se transforma en vida, comunicándose como ejemplar, como donación de gracia santificante. En su cuerpo todo lo creado se vuelve transparente y por su medio se experimenta

189. F. Tedoldi, *La dottrina dei cinque sensi spirituali in San Bonaventura* (Studia Antoniana 39, Roma 1999) 151.

190. Cfr. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo*, 88-89.

191. Cfr. C. Del Zotto, *La teologia dell'Immagine*, 33-34.

la presencia del Padre. El hombre tiene la capacidad de recibir y manifestar la comunión con el Padre por el Hijo, mediante este diálogo con la salvación, presencia de vida en la encarnación del Verbo y en la luz que él manifiesta como una total presencia de Dios. La palabra acoge la realidad y la expresa en su definición, la imagen la representa en el misterio de su existencia, la propone, la ofrece y la manifiesta como la eterna presencia del ejemplar perfecto que se dona al hombre para que este la encarne como imagen propia y la transmita en la expresividad de su propia vida, dando a conocer “Aquel que Es” la puerta, el camino, la verdad y la vida.¹⁹²

“Mira, entonces –nos dice el Doctor Seráfico– al propiciatorio y maravíllate de cómo en Cristo se realiza la unión personal con la trinidad de sustancias y la dualidad de naturalezas”.¹⁹³ Que no es otra cosa que ver en Cristo la unicidad de atribución entre lo divino y lo humano. Mira al hombre Cristo nacido en la plenitud de los tiempos de la Virgen. De esta manera, al mirar al Verbo encarnado el hombre quedará maravillado al ver en Cristo al ser divino que es a la vez primero y último.¹⁹⁴

Llegado a este punto, el hombre en la meditación ante la presencia del Verbo encarnado y dirigiendo a él toda su fe, su esperanza y amor, alcanza la perfecta iluminación de su mente al observar lo que en Cristo hay de imagen perfecta, descubre en sí mismo su imagen y la necesidad que tiene de ser iluminada, perfeccionada y purificada, alcanzando de esta forma el objeto perfecto. Puesto que la imagen es una semejanza expresiva, cuando la mente del hombre contempla Cristo, Hijo de Dios e imagen de Dios invisible, ve en Él reunidos en una sola persona lo primero y lo último, lo sumo y lo ínfimo, el centro y la circunferencia, es decir, el alfa y la omega, la causa y el efecto, el Creador y la criatura, el libro escrito por dentro y por fuera. Esta unidad perfecta entre Dios Padre, Dios Hijo y el hombre como imagen eviterna del Padre y del Verbo, nos la presenta san Buenaventura en el siguiente texto:

En esta consideración es donde nuestra alma, a la vista del hombre formado a imagen de Dios, como si fuese el sexto día, halla iluminación perfecta. Porque siendo la imagen una semejanza expresiva, nuestra alma, al contemplar en Cristo, hijo de Dios e imagen de Dios invisible por naturaleza, nuestra humanidad, tan admirablemente exaltada y tan inefablemente unida; al ver, digo, en Cristo reducidos a unidad al primero y al último, al sumo y al íntimo, a la circunferencia y al centro, al alfa y a la omega, al efecto y a la causa, al creador y a la criatura, al libro escrito por dentro y por fuera, llegó ya a un objeto perfecto, para con Dios lograr la perfección de sus iluminaciones en el sexto grado, como en el sexto día, de suerte que nada le queda ya más que el

192. Cfr. C. Del Zotto, *La teologia dell'Immagine*, 39.

193. Itin. VI, 6.

194. Cfr. Itin. VI, 5.

día de descanso, en el que, mediante el mental exceso, descansa la perspicacia de la mente humana de todas las obras que llevó a cabo.¹⁹⁵

Podemos afirmar que el hombre ve en Cristo un espejo perfecto en el que se le manifiesta la gloria del Padre. Observa cómo se le asemeja en cuanto hombre; le faltará asemejarse en cuanto Hijo de Dios y esto lo logrará en la medida en que purifique la imagen que porta desde el instante mismo de la creación, por medio de la fe, la esperanza y el amor, dirigidos no solamente al Verbo-Hijo, sino también a todos aquellos ante los cuales debe dar a conocer la imagen de Dios.

“Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe”,¹⁹⁶ nos dice el apóstol Santiago. Esta sentencia del apóstol ha sido cumplida plenamente en Cristo, el Verbo encarnado, quien manifestó su fe en el Padre mediante la oración y sus obras: curaba los enfermos, expulsaba los demonios, calmaba el hambre y la sed y perdonaba los pecados. Su manifestación de amor llegó hasta el límite: dio su propia vida para la salvación del mundo.

He aquí la imagen perfecta ante la cual el hombre se siente confrontado y la que debe imitar, para alcanzar el objeto perfecto, para entrar en Dios como cumplimiento de sus iluminaciones. Este es un tránsito en el que Cristo es el camino, la puerta, la escala y el vehículo, como el propiciatorio colocado sobre el arca de Dios y además, es el misterio escondido por los siglos en Dios.¹⁹⁷

Se nos presenta de esta manera una epifanía de la identidad de Cristo como camino. Él es el revelador único, eficaz y perfecto que conduce a la experiencia de encuentro con el Padre, meta de la creación. Cristo es aquel que puede conducir al creyente al mismo lugar del Padre. Donde Cristo se encuentra allí está la verdad. Él es la única puerta que conduce a Dios. Es cierto que el camino de fe en Cristo es difícil para el hombre, pero esta es la única vía verdadera para transformar su propia vida con relación a su Ejemplar perfecto.

Es por tanto, la labor del hombre, como imagen de Dios, manifestar su fe en Cristo con una esperanza plena en que todo es realizable en la expresión perfecta del amor a Dios y el amor al prójimo donde encuentra el cumplimiento de la ley y los profetas. Un amor pleno, que en la imitación de Cristo, el hombre realiza mediante sus obras. Este es el resurgir de la imagen del hombre en el cumplimiento del Evangelio: “Convocando a los doce les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el reino de Dios y a curar”.¹⁹⁸ En esto consiste la manifestación de la fe por medio de las obras, lo cual sólo es posible en el hombre cuando su rostro está

195. Itin. VI, 7.

196. St 2,18.

197. Cfr. Itin. VII, 1.

198. Lc 9,1-2.

totalmente dirigido hacia el propiciatorio, contemplándolo suspendido en la cruz con fe, esperanza y caridad, de tal manera que la cruz le permite atravesar el mar rojo¹⁹⁹ y junto con Cristo pueda reposar en el sepulcro, como muerto a los afanes de este mundo y experimentando, en cuanto le es posible en la vida, lo que en la cruz se prometió al ladrón que profesó su fe en Cristo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.”²⁰⁰

El hombre imagen del amor

Al acompañar al hombre, en este *itinerarium* de encuentro con Dios que se le ha manifestado como Padre y como Verbo encarnado, llegamos al reconocimiento de que todo este proceso de encuentro ha sido posible a partir de la apertura del hombre hacia su razón de ser, el Ejemplar Eterno. Pero esta apertura sólo ha sido posible en la medida en que el hombre manifiesta su amor hacia Dios, un amor que no le pertenece al hombre por merecimiento, sino que lo recibe como don del Padre y del Hijo.

Aquí tomamos las palabras del apóstol san Pablo para ilustrar cómo se realiza esta presencia del Amor en el hombre:

Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.²⁰¹

Amor que procede del Padre, Amor que se ha hecho donación de vida en su Hijo Jesucristo y que tiene su finalidad en el Espíritu Santo, puesto que “(...) en él ama el Padre al Hijo y simultáneamente todas las representaciones en él y por él posibles en el orden extra-trinitario, todo lo que como una imitación suya es posible exista.”²⁰² De esta manera encontramos una afirmación del Padre y del Hijo personalizada en el Espíritu Santo.

Podemos decir que el Espíritu es un don de Dios a las criaturas, pero debemos ir más allá de esta simple expresión para reconocer que es una mutua donación del Padre y del Hijo y con esto sustentamos que es la raíz de todas las comunicaciones al exterior. De tal manera que el Espíritu Santo es principio y prototipo de todo don creado. Como sólo hay una palabra y una imagen: el Verbo, sólo hay un don y un amor: el Espíritu Santo²⁰³. Es así como el hombre descubre en el amor que recibe del Padre y del Hijo, la presencia del Espíritu

199. Ex 14,16.

200. Lc 23,43. Cfr. Itin. VII, 2.

201. Rm 5,3-5.

202. O. González, *Misterio trinitario*, 532.

203. Cfr. 1Sent. 18,1.

Santo como el amor que surge de su mutua relación, amor ante el cual está invitado a confrontarse como imagen del Dios Trinitario.

San Buenaventura nos dice que el alma al recibir las iluminaciones intelectuales, es habitada por la sabiduría divina al mismo tiempo que es elegida como templo del Espíritu Santo, el cual está fundado en la fe, elevado por la esperanza y consagrado a Dios con la santidad del cuerpo y de la mente. Todo esto es producto del fruto del amor de Cristo. Sin la presencia de este amor, el hombre no podría penetrar los secretos divinos, ya que nadie puede conocer lo íntimo del hombre sino el espíritu que habita en él y de la misma manera, nadie puede conocer los secretos de Dios sino el Espíritu de Dios. De esto nos habla el Doctor Seráfico en el siguiente texto:

Repleta nuestra alma de todas estas luces intelectuales, es habitada por la divina sabiduría como casa de Dios, quedándose constituida en hija, esposa y amiga de Dios; en miembro, hermana y coheredera de Cristo, que es su cabeza; en templo, sobre todo, del Espíritu Santo, el cual está fundado por la fe, levantado por la esperanza y consagrado a Dios por la santidad del alma y del cuerpo. Todo lo cual lo realiza la sincerísima caridad de Cristo, derramada en nuestro corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado, espíritu necesario para saber los secretos de Dios. Porque, así como nadie sabe las cosas del hombre sino solamente su espíritu, que está dentro de él, así tampoco las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el espíritu de Dios.²⁰⁴

Por tanto, la invitación que se le hace al hombre es la de fundamentar sus raíces y asentarse en el amor, para que de esta forma pueda comprender y conocer el amor de Cristo, el cual está por encima de todo conocimiento, esto es, el amor que Cristo nos ha demostrado entregándose a sí mismo y que es un amor idéntico al del Padre.²⁰⁵ De tal manera que más que comprender, lo que el hombre debe experimentar es un conocimiento religioso, místico, impregnado de amor.²⁰⁶ Puesto que en esto consiste la vida eterna "(...) que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo",²⁰⁷ porque el hombre debe reconocer las propiedades esenciales manifestadas en el amor no sólo en sí mismas, sino también confrontándolas con la admirable unión de Dios y el hombre en la persona única de Cristo.²⁰⁸

Ahora bien, para que esta experiencia de encuentro con el amor sea realizable en el hombre, se requiere en él una apertura hacia arriba, es decir, hacia Dios. Es una apertura del ser humano realizable por la presencia misma del Espíritu de Dios en él. Esto es lo que en el texto del Génesis encontramos con el nombre

204. Itin. IV, 8.

205. Cfr. Ef 3,17-19.

206. Cfr. Ef 1,17.

207. Jn 17,3.

208. Cfr. Itin. IV, 4.

de *ruah*, término que inicialmente significó brisa, viento, y después, respiración vitalidad, pero que en la mayor parte de los casos se usa para denotar el espíritu de Dios y la comunicación que del espíritu hace Dios al hombre.²⁰⁹

Aquí podemos afirmar que el Espíritu es el lugar en el cual Dios se revela al hombre, entendiendo por revelación luz, iluminación, reflexión, entrada en sí mismo. El espíritu es esa Luz que el hombre recibe del Padre. Tiene la luz como propia en cuanto forma parte de su vida, por lo cual, en esta presencia del Espíritu de Dios que ha recibido como una donación del amor del Padre y del Hijo, el hombre mismo será amor en la medida en que se deja iluminar por la presencia de Dios. Es, entonces, en su apertura hacia Dios que el hombre experimentará su razón de ser imagen del amor que procede del Padre y del Hijo.²¹⁰

De tal forma que el Espíritu Santo es enviado por el Padre, al igual que el Hijo, pero coexistiendo con el Padre y el Hijo sin separarse jamás. Encontramos aquí, la íntima unión trinitaria del Padre, del verbo y del amor. Esta profunda relación trinitaria se desarrolla en el siguiente texto del *Itinerarium*: “(...) pues que el Hijo es enviado por el padre y el Espíritu Santo, a su vez, coexistiendo con el padre y el Hijo, sin separase de ellos jamás, es enviado por entrambos (...)”²¹¹

Amor que desciende al hombre como presencia y donación de Dios mismo, por lo cual adquiere una importancia radical con relación a las otras dos virtudes. El Doctor Seráfico, al igual que san Pablo, hace énfasis en el amor cuando habla de las tres virtudes teologales. Para él, el amor es la virtud más eficaz porque tiende a realizar una unión entre el hombre y Dios y entre el hombre y sus hermanos, donde el modelo de esta unión lo encuentra el hombre al interior de la Trinidad: Padre, Verbo, Amor.²¹²

El amor todo lo puede, todo lo trasciende, todo lo alcanza. El amor no acaba nunca.²¹³ Esto lo experimenta el hombre en su encuentro con el Espíritu Santo que es donación del Padre y del Hijo en su propia imagen eviterna. Para trascender su propia imagen y adentrarse en la comunión trinitaria donde se halla la imagen perfecta, el hombre requiere experimentar la presencia del amor de Dios en sí mismo para transmitirlo a sus hermanos, para purificar su propia imagen y ser merecedor del encuentro con su Ejemplar Eterno.

Pero para que este tránsito hacia Dios sea perfecto, nos dice el Doctor Seráfico que el hombre debe abandonar toda operación del entendimiento, que el afecto

209. J. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios*, 24. Un buen aporte al significado de la palabra *ruah* nos lo presenta H. Gunkel, *Genesis* (Mercer University press, Macon 1997).

210. Cfr. U. Von. Balthasar, *El problema de Dios en el hombre actual* (Cristianismo y hombre actual 2, Madrid 1960) p. 126.

211. Itin. VI, 6.

212. Cfr. A. Nguyen Van Si, *Seguire e imitare Cristo*, 192.

213. Cfr. 1Cor 13,7-8.

debe ser enteramente transportado y transformado en Dios.²¹⁴ Este proceso es místico y secreto, solamente lo conoce quien lo recibe, para recibirlo hay que desearlo y solamente lo desea aquel hombre que en su experiencia de vida se encuentra inflamado con el fuego del Espíritu que Cristo mandó a la Tierra.²¹⁵ Por esta razón, el apóstol san Pablo afirma que esta sabiduría, que es mística, se ha revelado por medio del Espíritu.²¹⁶ Esto nos da a entender que en el deseo que tiene el hombre de participar en la gloria del Padre, nada puede hacer su naturaleza, su empeño, su investigación y mucho menos su palabra, por lo tanto debe dar lugar a la unción, al gozo interior y sobre todo al don de Dios que es el Espíritu Santo y a su esencia creadora: Padre, Verbo y Amor.²¹⁷

Para que este proceso de conocimiento sea un itinerario de amor, se precisa en el hombre una donación total, no sólo mediante su sentido externo, sino también mediante el aporte de su sentido interno, allí donde la expresión máxima del hombre puede transformar su conocimiento intelectual en un conocimiento profundo del amor de Dios, que no son simples datos recibidos del mundo sensible, sino que en ellos experimenta la presencia del Creador del universo y ha puesto al hombre en el centro de la creación, como imagen eviterna, para que, disfrute de él y al mismo tiempo lo ordene hacia su origen, meta y razón de ser de su existencia.

De esta forma, el hombre podrá unir su voz a la del profeta para exclamar: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido”²¹⁸ y al sentirse ungido por Dios experimentará la necesidad de manifestarlo, puesto que esta elección realizada por el Padre tiene su razón de ser en el hombre al sentirse parte fundamental de su Creador, esto es, reconocerse como imagen y por otra parte, manifestar la gracia recibida ante el mundo que le rodea: anunciar la salvación a los pobres, la liberación a los cautivos y proclamar la gracia del Señor, al igual que Cristo podrá confirmar que esta Escritura se cumple en su vida convirtiendo su propio ser en testimonio del Ejemplar Eterno.²¹⁹ Es por tanto, la presencia del Espíritu de Dios en el hombre una elección y una misión realizadas en una total apertura al encuentro con Dios manifestado en el Amor.

El hombre recibe una donación total del Dios trinitario, “Trinidad de personas tan coeternas, tan coiguales y tan consubstanciales que cada una de ellas está en cada una de las otras, no siendo sin embargo, una persona la otra, sino las tres, un solo Dios”.²²⁰ Este, consideramos nosotros, es el punto clave

214. Cfr. Itin. VII, 4.

215. Cfr. Lc 12,49.

216. Cfr. 1Cor 2,10.

217. Cfr. Itin. VII, 4-5.

218. Is 61,1-2.

219. Cfr. Lc 4,18-22.

220. Itin. III, 5.

para el hombre en su reconocimiento como imagen del Dios Creador, a partir de su memoria, entendimiento y voluntad, como presencia fundamental de la Trinidad de personas que conforman un solo ser en el hombre, en cuanto, Padre Creador, Hijo manifestado en el Verbo y Espíritu presente en el amor que del Padre y del Verbo se desprende.

En la tercera persona de la Trinidad, al hombre se le ha manifestado una triple dimensión: Espíritu, don y amor. Espíritu de vida recibido en el momento en que fue creado, como razón de ser de su existir. Don de Dios como una donación de la presencia del Creador en el Hombre, al crearlo a su propia imagen y semejanza. Amor, en el cual el Padre y el Hijo se aman y se entregan de manera gratuita en un ofrecimiento total al hombre para que de esta forma pueda reconducir su imagen eviterna hacia la imagen eterna. De tal manera que la invitación final que nos hace san Buenaventura es esta:

Despójate de todas las cosas que son y aún de las que no son. Deja a un lado tu entender y esfuérzate por subir lo más que puedas hasta unirse con aquel que está más allá de todo ser y de todo saber.²²¹

Corolario

Parece extraño, nos dice el Doctor Seráfico, que después de haber experimentado lo cerca que está Dios del alma, experiencia vivida por el hombre en su confrontación con el macrocosmos, sean tan pocos los que analizan en sí mismos al primer principio que es Dios. Pero la razón de esto es fácil de encontrar, puesto que la mente humana se distrae en múltiples preocupaciones y no logra entrar en ella misma por la memoria, que se encuentra ofuscada por sus imaginaciones. No se recoge en sí misma con el deseo de la suavidad interior y de la alegría espiritual. Esto lleva al alma a estar sumergida en las cosas sensibles y por lo tanto no puede entrar en sí como imagen de Dios.

Ahora bien, esta alma que se encuentra sumergida en las cosas sensibles, tiene la posibilidad de ser levantada. Pero esto no se da por sus propios medios, no depende de sus capacidades puesto que “(...) donde uno cae, allí debe necesariamente estar tendido si no hay quien le dé la mano y le ayude a volver a levantarse”.²²² De tal manera que el alma no podrá alzarse desde las cosas sensibles a la contemplación de sí misma y de la verdad eterna en ella, si esta misma verdad no hubiese tomado la forma humana y no se hubiera convertido en escala que conduce al Padre como forma reparadora manifestada en el amor de Dios que se dona en su hijo Jesucristo.²²³

221. Itin. VII, 5.

222. Itin. IV, 2.

223. Cfr. Itin. IV, 2.

El hombre se ha reconocido como imagen de Dios Uno y Trino: Padre Verbo y Amor. Para llegar a este reconocimiento se ha servido de la Sagrada Escritura y de las tres virtudes teologales, especialmente de la caridad por ser la personificación del Espíritu de Dios. En la Sagrada Escritura, el Padre nos habla por medio del Verbo y quien fija esta palabra por escrito es el Espíritu Santo, Dios nos entrega su propia Palabra que se puede ver y oír en cada momento y en cada circunstancia del hombre.

En el reconocimiento del hombre como imagen del Padre ha trascendido su capacidad intelectual y se ha dejado asombrar por la simplicidad de la obra creada y en ella descubre la luz que le ilumina el camino en el presente de su propia vida.

Ser el que es, como manifestación de la Imagen de Dios, objetivo fundamental en la dimensión del hombre como criatura hecha a imagen y semejanza del Creador. Ha encontrado en Dios su identificación como “Aquel que Es”, es decir, como el Ser que es principio y fin de todo cuanto existe y como el Sumo Bien.

El Verbo se la ha presentado como el Hijo encarnado, en el cual ha encontrado, la puerta, el camino, la verdad y la vida que conducen al Padre. Al encontrar en Jesucristo la verdad y dirigiendo a él su fe, su esperanza y su amor, descubre en Cristo la imagen perfecta del Padre que se expresa a sí mismo en la palabra encarnada, siendo el Hijo la única palabra de Dios que se ha hecho vida.

En su encuentro con el Espíritu Santo, manifestación del amor del Padre y del Hijo, el hombre ha experimentado su imagen en el amor que procede del Padre, un amor que se hace donación de vida en el Hijo y que encuentra su finalidad en el Espíritu Santo.

De tal manera que el hombre halla su razón de ser imagen del Dios Trino, Padre, Verbo y Amor, en la medida en que vive una experiencia de apertura en la plenitud del amor que experimenta en su propia vida, permitiendo así que su memoria, entendimiento y voluntad sean iluminados por Dios quien le facilita todos los medios posibles para adentrarse en este conocimiento religioso y místico de la donación del Padre, del Verbo y del Amor.

El amor se ha hecho presente al hombre, como don de Dios que se le manifiesta en la creación como espíritu de vida y en Jesucristo que le ha amado en una forma perfecta, esto es, donando su propia vida por la salvación del hombre.



San Francisco de Asís, pintura al óleo

Epílogo

Al llegar al final de nuestro estudio, creemos tener los elementos necesarios que nos ayuden a sostener y presentar en breves argumentos conclusivos, lo que nos propusimos al inicio de este trabajo: conocer y presentar el hombre como imagen de Dios en el *Itinerarium mentis in Deum* de san Buenaventura.

Para conseguir este objetivo nos dejamos llevar de la mano del Doctor Seráfico, quien nos va mostrando, en una forma progresiva, un *itinerarium* en el que el hombre va experimentando su razón de ser imagen y semejanza de Dios Uno y Trino, mediante una confrontación profunda con el mundo exterior, en el interior de sí mismo y con aquello superior a su naturaleza de hombre.

Hemos iniciado nuestro estudio presentando la facultad cognoscitiva del alma como proyección de la imagen de Dios. En ella hemos descubierto un itinerario de amor que se hace presente en el mundo sensible, el cual es vestigio de Dios. Es en este aspecto que el hombre, al confrontarse con el mundo exterior, descubre las maravillas de las cosas sensibles y en ellas la presencia de Dios como creador del universo.

Al entrar en sí mismo, el hombre descubre que se ama y se conoce y esto mediante su memoria, entendimiento y voluntad que proceden de Dios y le hacen reconocerse como imagen del Creador.

En su confrontación con aquello superior a sí mismo, el hombre descubre el Ejemplar Eterno en Dios. Se hace presente el ejemplar perfecto puesto que el Creador se le manifiesta como suma luz que invita al hombre a convertirse a estos rayos de luz. En esta conversión ha adquirido el conocimiento de la dimensión trinitaria de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

De esta manera, de acuerdo con la presentación que hace san Buenaventura del hombre como imagen de Dios en el *Itinerarium*, es a partir del interior del

hombre que surge el deseo del conocimiento que se va desarrollando paulatinamente, mediante el contacto con el mundo exterior y con el ser sobrenatural que es el mismo Dios creador.

El hombre se reconoce como centro y razón de ser de la creación por medio del conocimiento que adquiere en la relación con el universo, distinguiendo así entre la semejanza del Creador presente en las cosas sensibles y la imagen de este en el interior del hombre.

El tránsito del hombre hacia Dios requiere una confianza plena en aquel que todo lo puede, que se le hace presente en el interior del mismo hombre, puesto que el Creador representa para el hombre la garantía de aquello que aún no percibe, pero que desea alcanzar. Esto es, la luz que ilumina todo su ser.

El razonamiento hecho por el hombre no es simplemente el resultado de un discurso superfluo, sino que se fundamenta en la confianza absoluta en Dios. De dicha experiencia resulta lógica la contemplación de Dios Creador, que en su *itinerarium* se le ha hecho presente en el mundo sensible, en el interior de sí mismo y en el Ser superior.

Posteriormente, nos hemos encontrado con las funciones primarias del alma, esto es, la aprehensión, la delectación y el juicio, las cuales se nos han presentado como una manifestación de la imagen de Dios. Este proceso de confrontación con el macrocosmos le ha permitido al hombre comprender no sólo lo que en las cosas sensibles puede percibir de la presencia del Dios Creador, sino también que en su propio ser ha encontrado elementos fundamentales que lo han llevado al encuentro con el conocimiento del Dios Creador en lo que en el mismo hombre hay de hermoso, suave y saludable.

En la experiencia de encuentro entre el macrocosmos y el microcosmos, el hombre ha hecho una elaboración de datos mediante su memoria, entendimiento y voluntad, expresiones claras y precisas de Dios: Padre, Verbo y Amor. En dicha confrontación, el hombre aprehende, se deleita y juzga el mundo en el cual se halla inmerso y en este mundo reconoce la obra creada por Dios. De la misma forma, descubre su lugar en el centro de la creación como razón de ser de ella y como imagen del Dios Trino.

El hombre percibe la acción del motor espiritual que da movimiento al cuerpo material. Allí experimenta la presencia del Ejemplar Eterno en las cosas sensibles, esto es, recibe el dato que las cosas le manifiestan en cuanto semejanza del Dios invisible que poco a poco se va haciendo visible mediante su presencia en el mundo temporal o material ante el cual el hombre se halla relacionado en una forma directa. Aquí descubrimos que el Ejemplar Eterno le manifiesta a la imagen eviterna su presencia en las cosas creadas.

Por otra parte, en la delectación que hace el alma del mundo sensible, el hombre requiere una mirada espiritual que le permite ver lo esencial en la obra creada. Es decir, ha visto al Dios Trino que se le presenta como origen, como presente y como aquel que todo lo trasciende. Esto se da mediante la belleza, la suavidad y la salud percibidas en las cosas, en sí mismo y en su Creador.

En el presente de su propia historia, el hombre experimenta en su propio ser la presencia de la hermosura, suavidad y salubridad, manifestadas en la armonía de su cuerpo y de su mente; en su capacidad de amor, en aquella posibilidad que tiene de ser auténtico hombre pacífico; un hombre que vive en armonía con Dios, consigo mismo, con la creación. Allí encuentra su razón de ser reflejo e imagen de Dios.

El juicio se le presenta al hombre como la facultad de la razón y por este medio comprende la aprehensión y la delectación. Esto es, puede ejecutar una acción purificadora del mundo sensible y mediante esta purificación el alma encuentra los elementos posibles del conocimiento que le permite descubrir lo que en las cosas hay de la presencia de Dios.

Luego de haber experimentado lo cerca que está Dios del alma, en esta experiencia vivida por el hombre en su confrontación con el macrocosmos, podrá analizar en sí mismo el primer principio que es Dios. Por tanto, la memoria podrá recogerse en sí misma con el deseo de encontrar la suavidad interior y la alegría espiritual.

De esta manera, el alma, sumergida en las cosas sensibles, tiene la posibilidad de ser levantada mediante la presencia de la verdad eterna en sí misma. Una verdad que ha tomado la forma humana y se ha convertido en escala que la conduce a la presencia de su Creador como una forma reparadora, manifestada en el amor de Dios que se dona en su Hijo Jesucristo por la acción del Espíritu Santo.

Es de esta forma como el hombre se reconoce imagen de Dios Uno y Trino: Padre, Verbo y Amor. Para llegar a este reconocimiento, el hombre se ha servido de la Sagrada Escritura y de las tres virtudes teologales, especialmente de la caridad por ser la personificación del Espíritu de Dios. En la Sagrada Escritura, el Padre le habla por medio del verbo y quien fija esta palabra por escrito es el Espíritu Santo. Dios le entrega su propia palabra que se puede ver y oír en cada momento y en cada circunstancia del hombre.

El reconocimiento que el hombre experimenta en sí mismo como imagen del Padre, trasciende su capacidad intelectual y se deja asombrar por la simplicidad de la obra creada y en ella descubre la luz que le ilumina el camino en el presente de su propia vida.

El Verbo se le presenta al hombre como el Hijo encarnado, en el cual ha encontrado, la puerta, el camino, la verdad y la vida que conducen al Padre. Al encontrar en Jesucristo la verdad y dirigiendo a Él su fe, su esperanza y su amor, descubre en Cristo la imagen perfecta del Padre, que se expresa a sí mismo en la palabra encarnada, siendo el Hijo la única palabra de Dios que se ha hecho vida.

En su experiencia de encuentro con el Espíritu Santo que se le presenta como la manifestación del amor del Padre y del Hijo, el hombre experimenta su imagen en el amor que procede del Padre un amor que se hace donación de vida en el Hijo y que encuentra su finalidad en el Espíritu Santo.

De esta forma, el hombre encuentra su razón de ser imagen del Dios Trino: Padre, Verbo y Amor. Vive una experiencia de apertura en la plenitud del amor que se manifiesta en su propia vida. El hombre permite que su memoria, entendimiento y voluntad sean iluminadas por Dios que le facilita todos los medios posibles para adentrarse en este conocimiento religioso y místico de la donación del Dios Trino.

Es evidente que el hombre como imagen de Dios en el *Itinerarium mentis in Deum* de san Buenaventura, no ha sido agotado. Son muchos los elementos que no se han estudiado y que pueden ser profundizados. Nuestro aporte es, sencillamente, una puerta que se abre a la posibilidad de adentrarnos en el conocimiento del hombre en su dimensión de Imagen de Dios, tal como lo desarrolla el Doctor Seráfico en el *Itinerarium*.

Bibliografía

Fuentes

- *Biblia de Jerusalén* (Bilbao 1969).
- San Buenaventura, *Opera omnia*. Edita, studio et cura PP. Collegii a san Buenaventura ad plurimos codices mss. emendata, anecdotis aucta, prolegomenis scholiis nostique illustrata (10 vols., Quaracchi 1882-1902).
- San Buenaventura, *Obras*, edición bilingüe dirigida por L. Amorós, B. Aperribay, M. Oromi (4 vols., BAC 6.9.19.28.36.49, Madrid 1945 - 1949).
- San Buenaventura, *Experiencia y teología del misterio. Itinerario del alma a Dios. Incendio de amor. Soliloquio. El Árbol de vida. De la vida perfecta*, edición preparada por J. Gómez Chao y J. Sanz Montes (BAC, Clásicos de espiritualidad 15, Madrid 2000).
- J. A. Guerra (1985). *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*. Edición preparada por (BAC 399, Madrid).

Estudios

- Balthasar U. V. (1960). *El problema de Dios en el hombre actual*. Cristianismo y hombre actual 2, Madrid.
- Barbaglio G. (1990). *Hombre. Nuevo diccionario de teología bíblica*. Dirigido por P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda, Madrid 762-783.
- Bougerol J. G. (1984). *Introducción a san Buenaventura*. Madrid, BAC Minor.
- Chavero Blanco F. (1993). *Imago Dei. Aproximación a la antropología teológica de san Buenaventura*. Murcia, Publicaciones del Instituto Teológico Franciscano, Serie Mayor 12.
- Cherubino V., *Studi sul pensiero di san Bonaventura* (Assisi 1988).
- Del Zotto C., *La teologia dell'immagine in san Bonaventura* (Vicenza 1977).
- González O., (1966). *Misterio trinitario y existencia humana. Estudio histórico teológico en torno a san Buenaventura*. Madrid.

- Gunkel H. Genesis (Mercer University press, Macon 1997).
- *L'uomo immagine somigliante di Dio*, a cura di Adalbert G. Hamman (Milano 1991).
- Mathieu L., (1994). *La Trinità creatrice secondo san Bonaventura* (Biblioteca francescana 3, Milano).
- Madariaga B., (1949). “La “imagen de Dios” en la metafísica del hombre, según san Buenaventura”, *Verdad y Vida* 7 (Madrid) 145-194; 297-335.
- Nguyen Van Si A., (1991). *Seguire e imitare Cristo secondo san Bonaventura* (Biblioteca franciscana 4, Roma).
- Ramondino F., (2000). *L'itinerarium di san Bonaventura. Conoscenza filosofica ed esperienza religiosa* (Vibo Valentia).
- Ruiz de la Peña J., (1988). *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. Presencia Teológica 24, Santander.
- Salignac A., (1975). “L'homme image de Dieu dans la spiritualité de Saint Bonaventure”, *Contributi di spiritualità bonaventuriana*. Atti del simposio internazionale, Padova 15-18 settembre 1974. Prima parte, a cura dello Studio Teologico Comune dei Frati nel Veneto (Padova) 77-101.
- Tedoldi F. M., (1999). *La dottrina dei cinque sensi spirituali in san Bonaventura* (Pontificium Athenaeum Antonianum 365, Roma).
- Virgulin S. “Pecado”, (1990). *Nuevo diccionario de teología bíblica*, dirigido por P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda (Madrid) 1428-1449.
- Zas Friz de Col R., (1997). *La teología del símbolo de san Buenaventura*. Tesi Gregoriana, Serie Spiritualità 5, Roma.
- Zavalloni R., (1989). “L'Antropologia dell'Itinerarium mentis”, *L'antropologia dei maestri spirituali*. Simposio organizzato dall'Istituto di Spiritualità dell'Università Gregoriana, a cura de C. A. Bernard sj. (Roma).



Fray Jorge Botero Pineda, OFM

Nació en Tuluá, Valle del Cauca, el 20 de junio de 1962. Ingresó a la comunidad franciscana, Provincia de la Santa Fe de Colombia, el 25 de enero de 1989. Fue ordenado sacerdote el 30 de noviembre de 1996.

Licenciado en Teología por la Universidad de San Buenaventura Bogotá (1997). Especializado en Espiritualidad Franciscana por la Pontificia Universidad Antonianum en Roma (2001). Especialización en Gestión Educativa por la Universidad de San Buenaventura Cartagena (2007). Maestría en Alta Dirección de Servicios Educativos por la Universidad de San Buenaventura Cali (2018).

Trabajó durante varios años en las casas de formación de San Bernardino de Siena en Bogotá y San Pablo de Itagüí. Rector del Colegio Fray Rafael de la Serna, en Medellín. Docente de la Facultad de Educación y de la Facultad de Teología de la Universidad de San Buenaventura Bogotá. Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de San Buenaventura Bogotá. Fue secretario de la Universidad de San Buenaventura Bogotá, de la Universidad de San Buenaventura Cali y de la Universidad de San Buenaventura Cartagena. Actualmente es el Rector de la Universidad San Buenaventura Medellín.



EDITORIAL
BONAVENTURIANA

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

EB
EDITORIAL
BONAVENTURIANA

LA FIGURA DE SAN BUENAVENTURA, CON SUS GRANDES APORTACIONES FILOSÓFICAS, TEOLÓGICAS Y ESPIRITUALES, NOS HA PROVOCADO A CONOCER MÁS PROFUNDAMENTE SU DOCTRINA. A ELLO SE UNE OTRA MOTIVACIÓN, DECISIVA PARA ELEGIR EL TEMA ESTUDIADO: UNA ATRACCIÓN PERSONAL POR LA ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA, QUE DESDE EL PRIMER CAPÍTULO DEL GÉNESIS, SE VISLUMBRA COMO UN ENCUENTRO DE AMOR ENTRE DIOS Y EL HOMBRE: “DIJO DIOS: HAGAMOS EL HOMBRE A IMAGEN NUESTRA, SEGÚN NUESTRA SEMEJANZA... Y CREÓ DIOS AL HOMBRE A IMAGEN SUYA: A IMAGEN DE DIOS LE CREÓ”.

EL TÍTULO DEL PRESENTE TRABAJO, NOS UBICA DENTRO DEL PROCESO DE CONOCIMIENTO QUE VA ADQUIRIENDO EL HOMBRE SOBRE EL SENTIDO PROFUNDO QUE TIENE SER CONSIDERADO IMAGEN DE SU CREADOR. DICHO PROCESO ESTRIBA EN LA CAPACIDAD DE CONFRONTACIÓN DEL HOMBRE CON TODO EL MACROCOSMOS, PARTIENDO DE LA SEMEJANZA IMPRESA EN LOS VESTIGIOS DEL UNIVERSO HASTA LLEGAR A PERCIBIRLO EN UN ÉXTASIS MENTAL COMO DIOS UNO Y TRINO, RAZÓN DE SER, PRINCIPIO Y FIN DE TODO LO CREADO.



editorialbonaventuriana



@EditBonaventuri



EditorialBonaventuriana



editorial-bonaventuriana



editorialbonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co